

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 15. — N° 178.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO.

Proclamacion oficial y pública de la paz en Londres; grabado. — Revista de Paris. — Gran revista naval de Spithead; grabados. — La flor de las ruinas. — Hombres ilustres de la América española. — Miguel de Cervantes. — Exposicion Universal de la Industria. — Boletín científico. — Lelia.

El 29 de abril se promulgó solemnemente la paz en Londres con las mismas ceremonias, trajes, aparato y ritualidades que se practicaban en semejantes ocasiones durante los siglos de la edad media. La procesion salió del palacio de San James, y se componia de veinte ó treinta heraldos, reyes de armas, escuderos y caballeros; del condestable y otras autoridades de Westminster, trompeteros, timbaleros y una magnífica escolta de guardias á caballo de la Reina. El rey de armas de la orden de la Jarretiera leyó en dos distintos puntos de

Westminster, la proclama de la Reina. La procesion se encaminó enseguida á la ciudad (*city*), cuyas puertas estaban cerradas. Llamó á ellas uno de los heraldos, y habiéndosele preguntado desde dentro quién era, se le dió entrada y la puerta volvió á cerrarse. El heraldo se dirigió entónces al lord corregidor y puso en sus manos la proclama. Enterado su señoría del negocio, dió permiso para que la procesion entrase en el territorio de su jurisdiccion, y la promulgacion se hizo en varios puntos de ella. La concurrencia que asistió á esta exhibicion



Proclamacion oficial de la paz y pública en Londres.

de los usos feudales, era inmensa, y se dieron enérgicos y estrepitosos vivas á la Reina.

Hé aquí el texto de la proclama:

Dios salve á la Reina,  
Victoria, Reina.

En atención á que Dios Todopoderoso en su infinita bondad se ha servido poner fin á la guerra, en la que hemos sido empeñada contra el Emperador de Rusia, y devolver la paz á Europa; adorando la divina bondad, considerando justamente que los grandes y públicos beneficios de la paz exigen solemnemente y públicas acciones de gracias, en consecuencia, segun el parecer de nuestro Consejo de Ministros, hemos juzgado conveniente publicar esta proclama, ordenando por la presente que se dirijan á Dios Todopoderoso, por sus misericordiosas bondades generales acciones de gracias en todos los puntos del Reino-Unido, llamados Inglaterra ó Irlanda, el domingo 4 de mayo, y exhortamos vivamente á nuestros muy amados súbditos observen religiosamente dicho día de públicas acciones de gracias, y para que sea celebrado mas dignamente y mas piadosamente, hemos ordenado á los muy reverendos arzobispos de Inglaterra, que compongan una fórmula de oraciones de acciones de gracias apropiada en esta ocasion para que sirva en todas las iglesias, en todas las capillas y en otros lugares del culto público, y que euiden que dicha fórmula sea distribuida á tiempo en todas sus diócesis respectivas.

Dada en nuestra córte, en el palacio de Buckingham, el día 28 de abril en el año de Nuestro Señor 1836 y el 19 de nuestro reinado.

### Un enigma.

Voy á describir á mis lectores un personaje bastante singular á quien conocí y traté mucho hace años en Madrid. Recientemente he vuelto á encontrarle con él, cuando no esperaba ya verle mas, por lo que diré despues; pero es el caso que no solo me he llevado chasco en esto (chasco muy agradable en verdad), sino que le he encontrado hace pocos meses en un parque de Londres, igual absolutamente á como le dejé hace mas de 20 años en el Prado de Madrid, la penúltima vez que me despedí de él. Entónces me dijo que salia al día siguiente para Calcuta; esta su última despedida ha sido para Sidney, en la Australia, de donde me escribe un amigo comun que nuestro D. Luis Belmonte (con este nombre designaremos al personaje de quien se trata) está allí presidiendo un club brillantísimo de amigos de la baraja y de la botella, y que continúa *tan campechano como siempre*.

Para que el lector pueda apreciar todo el valor de estas noticias, sírvase leer estos apuntes que le doy en forma de recuerdos de lo que era D. Luis Belmonte hace 20 años próximamente, que es, repito, cuando le traté en Madrid con alguna intimidad, aunque sin saber de él nada mas que lo que voy á decir.

Era el tal D. Luis un hombre de pequeña estatura, adamado en su porte y modales, bastante delgado y, en suma, de complexion endeble al parecer: cualquiera hubiera dicho al verle que todo el jugo vital de aquel cuerpo seco y amojamado como una momia, se habia refugiado en sus ojos, cuya expresion era verdaderamente admirable. Sin ser grandes, ni rasgados; sin ser negros como el azabache, ni azules como el cielo, que son las formas y los colores mas generalmente ponderados, habia en la doble línea de sus párpados, en el limpio contorno de su pupila, en el tinte ligeramente azulado de la córnea, en la inclinacion de sus largas pestañas, y sobre todo en la movible curva de sus cejas, una especie de armonia general, una serenidad de expresion y tales perfecciones de dibujo que un pintor las hubiera pagado á peso de oro en un modelo. Desgraciadamente aquellos ojos privilegiados en punto á belleza artística estaban, como diria un francés, en *trés-mauvaise compagnie* (muy mal acompañados): eran como dos preciosas perlas engastadas en cobre. Las demás facciones de D. Luis eran vulgares, algunas decididamente feas, y todo el cútis de su rostro presentaba una palidez cadavérica, casi repugnante, sobre todo por la noche, á la luz artificial, y por las mañanas á poco de levantarse, cuando le sorprendia uno en su cuarto antes de que hubiese apurado los recursos de su tocador. Por lo demás, á nadie ocultaba que hacia de él un uso immoderado, y aun se jactaba de poseer secretos inapreciables para disimular los estragos de la edad ó, como él decia, para mellar la guadaña del tiempo. Acaso no habia en Madrid, en la época á que se remontan estos recuerdos, un hombre mas verdaderamente elegante que D. Luis. Su edad era un misterio impenetrable; sin embargo, le gustaba apurar la cuenta de los años que tenian ó podian tener los demás, y su infalibilidad en tales cálculos le constituia en un objeto de terror para las señoras y para muchos caballeros. Generalmente pasaba por muy viejo, aunque su rara agilidad, la viveza de su ingenio, la constante igualdad de su humor y el nimio esmero que ponía en el aliño de su persona eran esencial y eminentemente juveniles. De público se le conocian varios trapicheos amorosos; su resistencia en una buena mesa entre amigos alegres era prodigiosa: los néctares de Jerez, del Rhin, de Champaña y de Burdeos pasaban por su garganta en copiosos raudales sin hacer mas impresion en su cabeza que en los taponos de las botellas que ántes los contenian; léjos de turbarle la razon ó de darse por vencido con ellos, considerábalos nada mas que como meros preámbulos, como simples preparaciones para mas ardientes bebidas de sobremesa. Pocos eran los

buenos profesores de esgrima á quienes á los pocos pases no derribaba el florete de la mano ó contaba por lo ménos con la punta del suyo los botones del peto. Ginete consumado, se ofrecia á montar aun los potros no domados, que por demasiado briosos rechazara el intrépido Francisco Sevilla, entónces en todo el vigor hercúleo de su juventud y en todo el auge de su fama como torero y caballista. Todas estas circunstancias unidas al teson que ponía en no declarar nunca su verdadera edad, podian hacerle pasar por hombre, si no jóven, á lo ménos no viejo; pero una razon sin réplica invalidaba todas aquellas apariencias de juventud: los recuerdos, las citas textuales de D. Luis se remontaban á épocas de una antigüedad muy respetable. En este punto no ponía D. Luis el menor disimulo, ántes bien como que se complacia en evocar sucesos y tiempos pasados.

Se hablaba por ejemplo de sobremesa en una comida de amigos en la Fontana de Oro, de la hermosa L..., de la *sin par* condesa de Santa C..., de la incomparable marquesa de V..., ó de cualquiera otra de las muchas bellezas que por entónces (lo mismo sucede hoy) formaban las delicias de Madrid, y todos á porfia levantaban hasta las nubes sus perfecciones: el entusiasmo era universal; de comun acuerdo se convenia en que por una mirada de la una, por una sonrisa de la otra, por el amor de todas, cualquiera que mereciese el noble dictado de hombre debia exponerse sin titubear á perder la vida. D. Luis entónces, para los que le observáramos atentamente, presentaba un fenómeno muy singular; una completa transformacion se efectuaba en todo su ser: momentos ántes le habíamos oido explicarse con todo el fervor de una imaginacion de veinte años sobre todas las materias de que se habia hablado; habíamole visto encendida la frente, iluminados los ojos por un superabundante espíritu de vida asombrar al concurso ya defendiendo con sutilísimo ingenio la mas inaudita paradoja, ya ganando la prodigiosa apuesta de apurar él solo, sin tomar aliento, un gran vaso de kirch: — luego de pronto parecia como que se iba apagando todo aquel fuego de su cuerpo y de su alma; la palidez de la cera se extendia en un momento sobre su rostro, dejábase caer como quebrantado sobre el respaldo de su silla, se sonreia con una indefinible expresion de dulzura y de tristeza y levantaba al techo en una especie de éxtasis sus ojos, que conservaban solos en aquella súbita metamorfosis los caracteres de la vida. Así escuchaba un rato los entusiasmas elogios que hacíamos de nuestras jóvenes bellezas contemporáneas; luego empezaba á circular por sus facciones una casi imperceptible sonrisa de desden y exclamaba por último con el acento que podríamos llamar de una desesperada pasion:

— ¡Ah! ¿qué dirian Vds., amigos míos, si hubieran visto como yo, á la célebre doña J. T.? (y aquí citaba un nombre histórico de mujer de la que solo quedan ya en el mundo tristes ruinas) ¿Qué dirian Vds. si la hubieran visto como yo, el día en que se presentó por primera vez en Aranjuez, una mañana de mayo, bajo las frondosas enramadas del jardin de la Isla? No era aquella una mujer, amigos míos; era una encantadora sirena; era Vénus misma desprendida del Olimpo griego para poner en buen lugar á Fidias y á Praxiteles, prohándonos que nada exageraron cuando la hicieron tan hermosa en sus mármoles de Paros. Aquella era una hermosura, no esas que Vds. ponderan tanto. La verdadera hermosura va desapareciendo del mundo, créanme Vds.; todo degenera, todo va á ménos, ingenio, belleza, fuerza. No hay ya ni habrá ya nunca mujeres como la que acabo de citar á Vds., por ejemplo, — y que sin embargo no era con todos sus encantos, mas que un pálido reflejo de otras que yo he conocido cuando esa era aun muy niña...

A buena cuenta los recuerdos de D. Luis en tales momentos ascendian á algo mas de un siglo. ¿Mentía ó soñaba aquel hombre al hablar así? El lector irá juzgando.

Si caia la conversacion sobre pérdidas en el juego, D. Luis recordaba una noche famosa en que el príncipe de la Paz perdió al tresillo, jugando á onza el tanto, trescientas onzas en una *puesta cargada* que él, D. Luis Belmonte, favorito entónces del gran favorito, ganó *contra estuche* en una *voltereta ciega*, rasgó de temeridad que por mucho tiempo fué proverbial entre los cortesanos. El embajador de Rusia y un rico general indiano que hacian aquella noche la partida al príncipe perdieron el color y soltaron las cartas ante aquel raro golpe de fortuna. — Si se hablaba de versos, D. Luis, cuyo gusto en literatura era exquisito, confesaba francamente que ya no los hacia, que siempre le habia costado mucho trabajo componerlos, pero que en tal n.º de tal mes del *Mercurio madrileño* habia una égloga suya que el gran Melendez Valdés no se habia desdenado de corregir y de leer como suya, por broma, en casa del señor Jovellanos, ántes del confinamiento de este varon insigne en el castillo de Bellver. Es de advertir que D. Luis profesaba á Jovellanos una especie de culto (por cuya causa rompió mas adelante con el príncipe de la Paz) y por eso decia que nunca se hubiera atrevido á distraer la atencion del Sr. D. Melchor Gaspar con la lectura de una composicion suya; por eso el Sr. D. Juan (así designaba él al inmortal *Butifá*) tuvo la honrra, para animarle, de prestarse á aquella inocente superchería. Jovellanos cayó en la red, elogio mucho la composicion, á la cual dispensó el singular honor de leerla luego él mismo en voz alta, y dijo á Melendez Valdés con aquella noble urbanidad que era, segun D. Luis, otra de las muchas cosas buenas que han venido á ménos en el mundo: — « Veo, amigo mio, que ni los » años, ni los cuidados del foro cuentan para V.: leyen-

» do estos delicados versos, se me figuraba que todavía » estábamos V. y yo aliá en los tiempos de la *Flor del Zurguen*. » Descubriósele el engaño y el autor del informe sobre la *Ley agraria* lo celebró en extremo, abrazando cordialmente al modesto poeta. Esta anécdota, que D. Luis se complacia en repetir á sus amigos con un acento de veneracion tan profunda á la memoria de los ilustres personajes citados en ella que hacia desaparecer toda idea de jactanciosa presuncion, era, decia él, uno de los mas dulces recuerdos de su vida, — *harto escasos*; ay! solia añadir con un acento tan amargo que era imposible oirlo sin sentirse conmovido.

Un bello metal de voz es sin duda una de las cosas que mas previenen á favor de una persona, sin que sea fácil, aunque tampoco es imposible, decir porqué. Hay muchas razones, tomadas del órden físico como del órden moral, para que así sea, pero no hay ahora para qué explicarlas. En este punto D. Luis no podia estar mas favorecido por la fortuna: su voz tenia un encanto, una suavidad indecibles. Ni los años (que debian ser muchos, juzgando piadosamente), ni el cigarro, ni el rapé, grandes enemigos de las buenas voces, ni el abuso de las bebidas espirituosas, ni por último, los mayores excesos imaginables, pues de todos citaba con el acento de la verdad casos estupendos aquel hombre singular, habian bastado á alterar la limpia pureza de su melodioso órgano. Sorprendia generalmente que un hombre tan pulcro y cuidadoso del aseo de su persona como lo era D. Luis, fumase y tomase tabaco por narices y boca, *hábitos* que pasan por poco limpios y de que suelen abstenerse los hombres muy pulidos; pero D. Luis practicaba una especie de filosofía epicúrea que le hacia dar suma importancia, y lo que es mas, una importancia razonada, á los placeres de los sentidos. Muchas veces decia con raro candor de cinismo que le pesaba de que no hubiese mas vicios para tenerlo; también, como todos los demás conocidos; — excusado es decir que D. Luis no llamaba vicios, sino tonterias ó delitos á las acciones malas para uno mismo ó para el prógimo que reprueban las leyes divinas y las humanas y que malamente se anatematizan con aquel dictado. Sin ser de una moral muy rígida, distaba mucho sin embargo de hacer alarde de corrompido: tenia, como suele decirse, *manga ancha*, pero no era un mal hombre. Léjos de eso, nadie como él sabia ejercer generosa y discretamente, entre otras, la virtud de la caridad, que es ejercerla dos veces. Por lo demás, su sibirismo tenia una explicacion muy natural, que era la que el mismo daba en sus momentos de buen humor. La exquisita delicadeza de su organizacion centuplicaba para él la fuerza de las sensaciones, al paso que le hacia saborear extraordinariamente el deleite de los sentidos y que le constituia en del todo inapto para soportar sin un sacrificio enorme las sensaciones enojosas: por eso decia él sin reboso que era sensualista de *nacimiento*. Rara vez fumaba un rico veguero ó tomaba un polvo de rapé superior sin exclamar con una gravedad que parecia burlesca á los que no le conocian á fondo, pero que era muy sincera, como que el asunto tenia para él una importancia máxima: — « ¡Pobres griegos! ¡insensatos romanos! pobres insensatos que no conocian ni aun sospechaban esta nueva y de-li-cio-sí-si-ma sensacion del paladar y de la pituita!... Los goces físicos eran tan vivos en él que le sumergian en una especie de arrebamiento extático. Su ídolo era el placer. Tipo encarnado del hombre del siglo XVIII, D. Luis se adoraba á sí mismo, como á una divinidad, pero por lo mismo miraba como un deber esencialísimo señalar bien el límite adonde podrian llegar en él los goces sin pasar una línea mas allá ni quedarse una mas acá de lo conveniente. Este deslinde era el gran pensamiento de su vida: causarse á sí propio el menor daño le hubiera parecido caso de conciencia, casi un sacrilegio: abstenerse de la mas pequeña dosis de placer lícito (luego diré lo que él entendia por *lícito*) era para él un grave delito de lesa-personalidad. Para saber lo que D. Luis entendia por lícito, baste decir que á su juicio era ilícito todo aquello que personalmente podia causarle molestia ó daño. En virtud de este principio cifraba él en una sola máxima toda su moral práctica: — « El hombre, decia, debe tener todos los vicios; pero es preciso que ninguno le tenga á él. »

Tres mil duros de renta líquida, cobrada por semestres en el banco de San Fernando, daban á D. Luis Belmonte los medios ostensibles de sostener la vida ociosa y elegante que llevaba en Madrid desde que yo le conocia; él á lo ménos no manifestaba tener otros bienes de fortuna. Sin embargo como Madrid, aunque ciudad capital y grande, tiene el privilegio de ser un hervidero de chismes donde no hay secreto que no se divulgue ni vida que no se escudriñe, algunos hábiles calculadores habian echado la cuenta de que tres mil duros no podian bastar para el boato que sostenia D. Luis. Es verdad que era soltero ó viudo, — punto problemático — y que á un hombre solo *con poco le basta*, dice el refrán; pero de cuando en cuando, y aun con frecuencia, se aparecia nuestro hombre en el Prado con unos botones de pechera en cuyos diamantes iba evidentemente invertida la renta de un año. No pasaba mes en que no estrenase alguna prenda visible importada de Paris, que daba el tipo á la moda. Aficionado á montar á caballo, siempre tenia dos ó tres de las mejores familias de Europa. D. Luis era todo un *sportman*, un *gentleman-rider*. ¿De dónde, pues salian aquellas misas? Nunca llegué á saberlo, ni realmente lo procuré, pero confieso que ahora me han despertado la curiosidad estas palabras con que concluye el párrafo en que mi amigo residente en Sidney me habla de D. Luis, segun dije al

principio de este artículo. Las copio aquí, que es lo más corto: «Sabes que siempre tuve á Belmonte por un jugador afortunado, suponiendo que no tenía otro origen su desenfadado lujo; sabes también que lo menos que yo le daba hace veinte años era un siglo. Ahora tengo motivos para creer que me engañé en uno y otro cálculo. Acaso en mi próxima carta te aclararé este enigma.»

Si lo cumple prometo á mis lectores contarles lo que me diga, si es para dicho en letras de molde.

EUGENIO DE OCHOA.

### Revista de París.

Al cabo de dos años de silencio literario Víctor Hugo ha dado á luz dos tomos de poesías con este título: «Las Contemplaciones.» Cada obra de Hugo ha sido en Francia un acontecimiento, sobre todo en el mundo letrado, pero en el día la vez del poeta en el destierro ha encontrado eco no solo en la literatura, sino en todas las clases de que se compone la sociedad francesa. Ni los «Cantos del Crepúsculo», ni las «Hojas de Otoño», ni las «Orientales», ni las «Odas y Baladas», obras incomparables de poesía lírica, ni ninguno de los dramas del autor, ni ninguna de sus novelas, excitaron en el público tanta impaciencia como el nuevo libro, ni fueron recibidas con aplauso tan unánime. Queremos dar á conocer en breves palabras y aunque solo sea en su conjunto, estas poesías admirables cuya aparición hará época en los anales literarios de la Francia, y para ello principiamos por traducir íntegro el corto prólogo que figura al frente de ellas. Dice de este modo:

«Si pudiese un autor tener algún derecho de influir en la disposición de ánimo de los lectores que abren su libro, el autor de las «Contemplaciones» se limitaría á decir lo siguiente: Este libro debe leerse como se leería el libro de un muerto.

«Veinticinco años se encierran en estos dos volúmenes. «Grande mortalis aevi spatium.» El autor ha dejado, por decirlo así, que se haga en él este libro. La vida le ha depositado en su corazón infiltrándose gota á gota por entre los sucesos y los dolores. Los que sobre él se inclinan reconocerán su propia imagen en esas aguas profundas y tristes que se han ido reuniendo lentamente en el fondo de un alma.

«Las «Contemplaciones» se podrían llamar las «Memorias de un alma», si este título no pareciera un tanto pretencioso.

«En efecto, las «Contemplaciones» son todas las impresiones, todos los recuerdos, todas las realidades, todos los fantasmas vagos, risueños ó fúnebres que puede contener una conciencia aparecidos y llamados rayo á rayo, suspiro á suspiro y mezclados en la misma nube sombría. Son la existencia humana que sale del enigma de la cuna para venir á parar al enigma del sepulcro; son un espíritu que marcha de resplandor en resplandor dejando en pos de sí la juventud, el amor, la ilusión, el combate, la desesperación, y que se detiene trastornado «al borde del infinito.» Principian por una sonrisa, continúan por un sollozo y acaban por el toque de la trompeta del abismo.

«Aquí está escrito un destino día por día.

«¿Es, pues, la vida de un hombre? Sí, y la vida de los demás hombres también, pues ninguno de nosotros tiene el honor de poseer una vida que le sea propia. Mi vida es la vuestra, vuestra vida es la mía; vivís lo que yo vivo, el destino es uno para todos. Tomad, pues, este espejo y miraos en él. A veces critican á los escritores porque dicen yo. Habladnos de nosotros, se les dice. ¡Ay! cuando os hablo de mí os hablo de vosotros; ¿cómo no lo entendéis? ¡Ah! insensato, que te figuras que yo no soy tú.

«Repitámoslo: este libro contiene la individualidad del lector lo mismo que la del autor. *Homo sum.* Pasar por el tumulto, el rumor, la ilusión, la lucha, el placer, el trabajo, el dolor, el silencio; descansar en el sacrificio y desde allí contemplar á Dios; principiar en la muchedumbre y acabar en la soledad, ¿no es esta, con la reserva de las proporciones individuales, la historia de todos?

«Nadie extrañará; pues, que estos dos tomos se vayan oscureciendo gradualmente para llegar, sin embargo, al azul de una vida mejor. La alegría, esa rápida flor de la juventud, se deshoja página por página en el tomo primero que es la esperanza, y desaparece en el tomo segundo que es el luto. ¿Qué luto? El verdadero, el único, la muerte, la pérdida de los seres amados.

«Ya lo hemos dicho, se cuenta la historia de un alma en estos dos volúmenes. AYER. HOY. Un abismo los separa, el sepulcro.

» VICTOR HUGO.

» Guernesey, marzo de 1856. »

Con razón dice aquí Víctor Hugo que habría podido intitular su obra «Memorias de un alma», pues en efecto su alma en contemplación de la naturaleza forma el alimento principal de estos dos volúmenes: AYER — HOY. Divididos en seis libros llevan por título, el primero: «Aurora, el Alma en flor, Las luchas y los sueños;» el segundo: «Pauca mea, En marcha, Al borde del infinito,» y en ellos leemos la historia íntima de los veinticinco últimos años del poeta. AYER y HOY. están separados por una tumba que manifiesta de cada lado un destino muy diverso: en este vemos el suelo natal, la familia intacta todavía de las garras de la muerte; las dignidades, la gloria, la elocuencia y la importancia política; en el otro no hay más que el silencio, el océano inmenso, la acerba pena de lo que ya no existe y el pan amargo y duro de la vida errante.

Pero digámoslo enseguida: los cantos del poeta se han

elevado prodigiosamente en la soledad, en el infortunio, en el destierro; entre estos dos volúmenes publicados á un tiempo AYER y HOY, la diferencia es grande en favor del último. En el primero vemos al Víctor Hugo que conocíamos, con sus rayos y sus sombras, muy grande sin duda, pero en el otro le vemos más grande aun con menos sombra y más rayos; aquí el pensamiento es menos violento, menos atrevido, más resignado, más humano. Uno de los asuntos principales del poeta de HOY, sin duda el que mejor le inspira, es la muerte. La muerte está considerada en este libro bajo el doble punto de vista de la carne y del espíritu, en sus horrores materiales, en sus consoladoras y gloriosas consecuencias. Si la carne se estremece en él al contemplar la espantosa noche de la tumba, el espíritu le calma demostrándole que este «fin» es un «principio.» A este orden de ideas pertenecen las composiciones más filosóficas y elevadas del libro.

Sin embargo, el poeta una vez empeñado en la senda tenebrosa, padece por momentos sensibles extravíos: las meditaciones «sibilicas», las divagaciones «pitagóricas», las revelaciones de hipótesis sobre el alma de la piedra, del animal y de la planta como las que se ven en la composición titulada «Magnitudo parvi» son mortales para la poesía que arrastran locamente fuera de su esfera y que debe ser siempre racional hasta en los arrebatos de su delirio ó de su fantasía. Muy justamente se ha comparado esta última parte de la obra de Hugo con el segundo Fausto de Goethe, pues sin duda es como este oscura, á veces incoherente y casi siempre incomprensible.

Pero apartando pronto los ojos de estas páginas, ¡cuántas composiciones encontramos que pueden citarse como modelos de poesía lírica! Tales son las tituladas á «Charles Vacquerie», que es la historia de una de las desgracias que más han afligido el corazón de Víctor Hugo; un noble joven, su hijo político, que no pudiendo salvar á su esposa de una muerte segura, murió ahogado con ella en presencia de toda la familia reunida para una fiesta que acabó en este drama lúgubre; — á «Augusto Vacquerie», que reemplazando á su hermano difunto, se hizo como el tercer hijo del poeta, y á varios escritores como P. Meurice, J. Janin y Alejandro Dumas que le dedicaron ó le enviaron sus obras al destierro.

Las composiciones amorosas son escasas, pero en cambio ¡qué sentimiento tan delicado en algunas, cuánta pasión en otras, y en todas qué expresión, qué forma tan nueva! Las estrofas que llevan por título: «En una noche que yo miraba al cielo,» son la manifestación más tierna de un amor completo, de un amor celoso hasta de la contemplación de las estrellas. — Hay una balada en el primer tomo que es todo un poema en pequeño, lo mismo que un lied alemán de Uhland, de Ruckert ó de Goethe: una madre ha perdido un hijo idolatrado y nada la consuela de esta desgracia. Un segundo fruto de sus entrañas no puede libertarla de tan negra pena, pues se imagina que este otro es un extraño que viene á usurpar el puesto del primero. Pero después de su nacimiento, mientras la madre deplora la pérdida de aquel ángel solo en su sepulcro, ¡oh dulce milagro! ¡oh madre dichosa! oye que el recién nacido murmura en la sombra entre sus brazos, con una voz bien conocida: «Soy yo, no digas nada.»

Esta será la última cita de ese libro admirable, y no por que creamos que estas desaliñadas palabras bastan ya para dar una idea del mérito y de la importancia de la nueva obra de Víctor Hugo, sino porque nuestro propósito era solo señalar su aparición y explicar la aceptación general con que ha sido recibida con algunas palabras sobre su conjunto.

M. Ponsard, un antagonista de Víctor Hugo en el género dramático, ha obtenido esta semana en París un triunfo no menos ruidoso que el de este último. M. Ponsard se dió á conocer en el teatro en aquellos tiempos de efervescencia literaria que trajo consigo el romanticismo, con una tragedia en verso titulada «Lucrecia» que los adversarios de la escuela invasora y dominante calificaron digna de Racine. Desde entonces el autor clásico ha seguido aumentando su repertorio con tragedias y comedias poco aplaudidas todas como piezas de acción, pero versificadas siempre con una sobriedad y severidad de estilo que le han valido una nominación de poeta dramático de las primeras y en su clase la única.

El año último Ponsard escribió una comedia titulada «el Honor y el Dinero» que es seguramente una de las mejores críticas que han podido hacerse sobre las costumbres de estos tiempos que atravesamos en que todo está dominado por la pasión del oro. El éxito de esta pieza fué tan grande, que el poeta nos ha dado este año una segunda parte sobre el mismo tema, aunque su ingenio ha sabido exornarle con nuevos detalles y otro punto de vista que aparentemente constituyen una obra nueva. Es verdad que los detalles son el todo en las comedias de Ponsard, pues en ellos está la sátira, la sal cómica, la agudeza; el argumento en ellas es, como en las novelas de Balzac, no el fondo sino el pretexto de la obra. Júzguese sino por el siguiente que es el de la comedia estrenada esta semana y que setitula «la Bolsa.»

Redúcese á la historia de un joven, Leon Desroches, que enamorado de Camila, la hija de su vecino Bernardo, realiza sesenta mil francos, toda su fortuna, y los juega en la Bolsa á pesar de los consejos de un agente de cambio amigo suyo. La suerte le es favorable en un principio, tanto que consigue arrastrar en sus especulaciones á su futuro suegro, pero la inconstante fortuna se cansa de protegerle y Desroches pierde grandes cantidades de dinero. Camila sabedora del asunto exige juramento á Leon de que renuncie al juego. Este jura, pero llega una carta del agente de cambio y olvida sus promesas; quiere buscar en un nuevo golpe de la suerte la reparación de los desastres an-

teriores. Mas sobreviene otra pérdida que le arruina completamente, alcanzando también un poco al buen Bernardo. Camila notifica á Leon que tiene que renunciar á ella, pues se halla resuelta á casarse con un oficial de Africa. Desesperado Leon Desroches quiere suicidarse, pero el oficial se lo impide, y en una hermosa escena que produce el mayor efecto le piata el trabajo como una expiación suprema, y por último, notando á tiempo el amor recíproco de Camila y de Leon Desroches, cede al joven aquella mano tan deseada.

Vemos, pues, que la intriga es bien sencilla, pero tal como es, suministra á M. Ponsard un cuadro suficiente para descargar á quema ropa sus sarcasmos contra ese mundo preponderante de bolsistas, banqueros y caballeros de industria improvisadores de millones. Pero ¿qué decimos? aun este vasto campo era estrecho para la crítica; hay además para los amos, los criados, los libertinos, los devotos, los clubs, los caballos, las mujeres galantes; para todos los barrios de París, el de la nobleza, el de la banca, el del comercio, para todos los hombres y las cosas del día, en una palabra, para todo lo que no es virtud, abnegación y trabajo modesto.

Aquí está su comedia y aquí debe buscarse su mérito, no en el juego natural de las pasiones, ni en los caracteres, ni en las combinaciones escénicas, pues todo esto se halla subordinado como hemos dicho á la acción de esa crítica constante contra el apetito insaciable de la riqueza, contra la febril impaciencia de esta sociedad trabajada por la lucha, agitada por la tormenta que solo aspira á los goces materiales.

La nueva producción de M. Ponsard ha tenido un éxito inmenso. A su primera representación asistió la corte y mas de una vez el Emperador dió la señal de los aplausos. Una circunstancia particular llamaba la atención en el teatro: entre la concurrencia se notaban muchos bolsistas y ¡cosa singular! no eran los que menos celebraban la sátira de M. Ponsard contra la especulación ambiciosa y la ganancia ilícita: ¿si saldrían convertidos aquella noche?

MARIANO URRABIETA.

### Gran revista naval de Spithead.

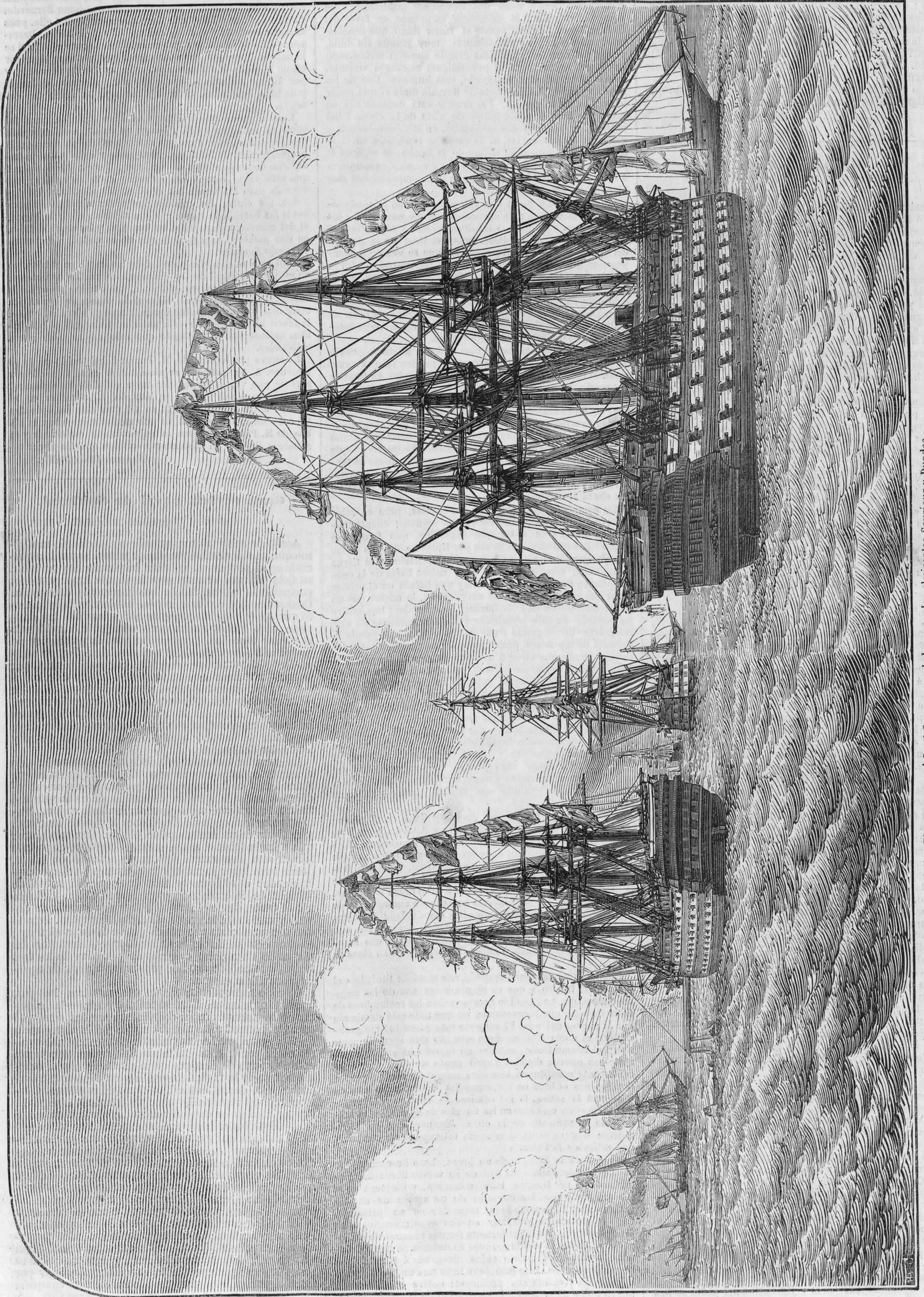
Portsmouth 23 de abril de 1856.

Acabo de asistir al más grandioso espectáculo marítimo que ha sido posible presenciar jamás. Según lo anunciado en el programa, la Reina ha pasado hoy revista á su flota, sin que el más leve incidente haya venido á perturbar la solemnidad de tan imponente ceremonia. Cualquiera que no fuese inglés, hubiera extrañado acaso que en la estación presente hiciese un día tan delicioso; pero á ellos no les causó semejante coincidencia el menor asombro, porque abrigan la persuasión de que el nebuloso cielo de su patria se despeja y se serena en todas las fiestas presididas por su Soberana, por lo cual basta decir que tuvimos uno de esos días, conocidos ya comunmente con el nombre de *Queen's Weather* ó tiempo de la Reina. Escusado es repetir, por lo mismo, que todos vimos sin la menor sorpresa reflejarse los brillantes rayos del sol sobre una mar en calma y cuya superficie se hallaba apenas rizada por una fresca y leve brisa del Sudeste.

La singular transparencia de la atmósfera no ha sido el menor encanto que ha ofrecido una fiesta en la que figuraban tres ó cuatrocientos buques de vapor extendiéndose sobre la dilatada superficie de unas veinte ó treinta leguas cuadradas de mar, limitada casi enteramente por una costa de diez ó doce leguas de longitud, y cubierta de un innumerable gentío. Con solo lanzar una mirada sobre el mapa menos detallado, os podréis formar una idea exacta del campo acuático de Márte, donde tuvo lugar la magnífica revista que estamos describiendo: es el brazo de mar que separa á la isla de Whight de la Inglaterra propiamente dicha, viniendo por el Oeste, desde el faro de Nab hasta la rada de Cowes, y casi hasta la gran rada de Southampton. Pero lo que ninguna carta geográfica puede indicar siquiera, es el aspecto bullicioso y animado que presentaban las playas de Hampshire cuajadas de personas de los tres reinos, que habían acudido presurosas á gozar de aquella maravillosa escena.

Como comprenderán fácilmente nuestros lectores, aquella inmensa multitud se hallaba compuesta de muchos centenares de miles de almas, reunidas como por encanto, merced á las alas del vapor y á la abundancia de ferro-carriles. La imaginación de nuestros antecesores no ha podido concebir jamás una escena semejante; porque es una de esas que están marcadas con el magnífico sello de la verdadera civilización moderna, á despecho de los descontentos detractores de la misma. Consecuencia del reconocido principio económico de que la superioridad de la *demand* sobre la *oferta* hace subir el precio de los artículos que se expenden en todo mercado, ha sido que en Portsmouth y en sus pueblos inmediatos hayan ascendido extraordinariamente los precios de las habitaciones para alojarse los innumerables forasteros que vagaban por todas partes. Dáse por cierto que ha habido cuarto, cuyo alquiler ha costado 15 libras esterlinas, esto es, unos 1,500 reales, y yo sé de muchos que han pagado 3 guineas, cerca de una onza de oro, por una mala cama. En vista de tal carestía, me hallo muy inclinado á creer que, una infinidad de personas han pasado la noche sentadas sobre una silla en una posada, café, fonda ó taberna, y que no pocas se han visto en la imprescindible necesidad de elegir por lecho el duro suelo, vivaqueando así en esta campaña

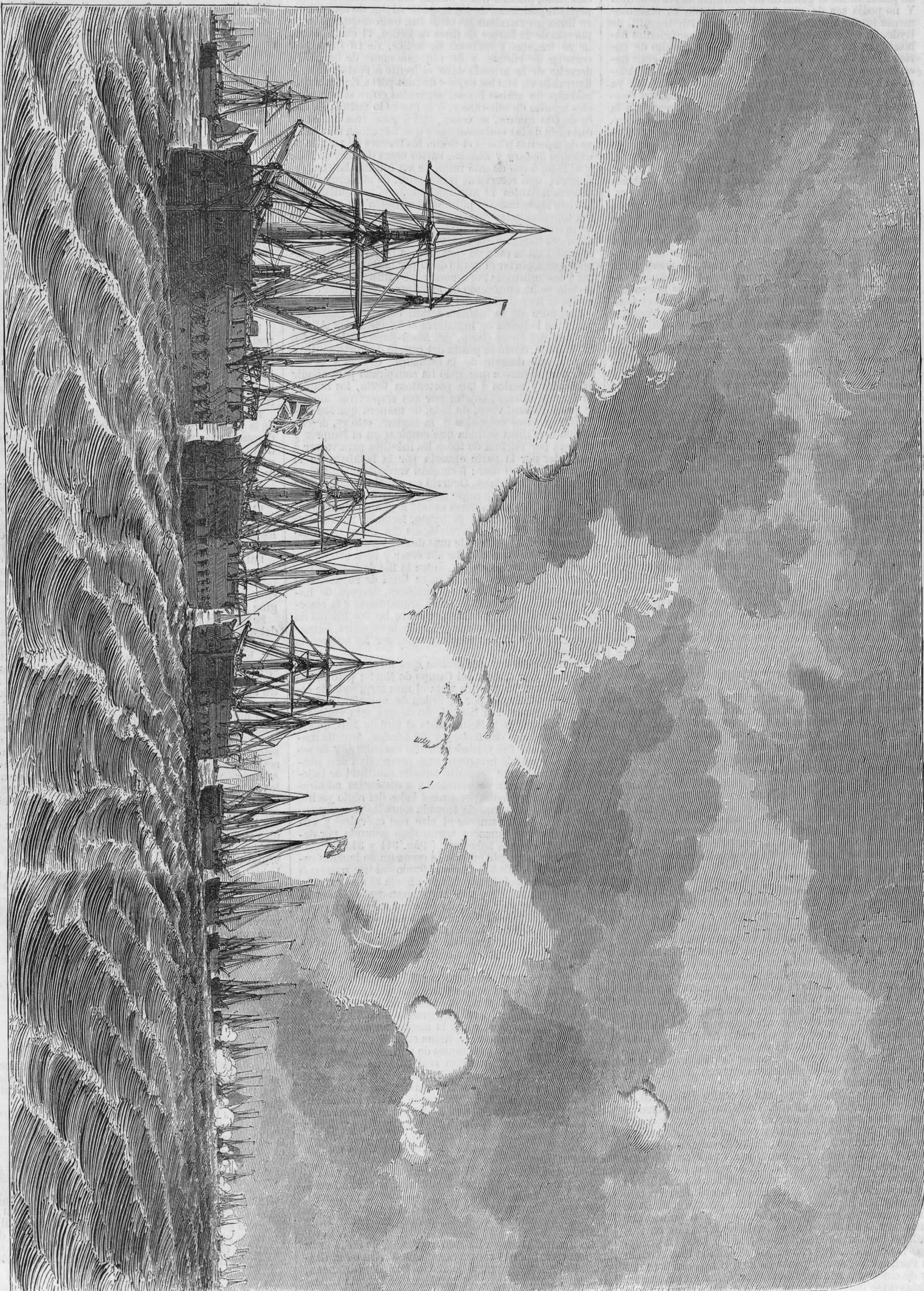
(Véase la página 312.)



El Wellington y el Royal-Georges, mandados por los almirantes Seymour y Dundas.

1856

Las baterías flotantes al romperse el fuego de ataque de las cañoneras.



de placer sobre el gláci de las murallas de Portsmouth. Y no podía ser de otra manera, porque es absolutamente imposible que las ciudades de Portsmouth, de Ryde, de Portsea, etc., tuviesen no ya las suficientes habitaciones para alojar á tan formidable ejército de curiosos, sino los colchones y sábanas, etc. que eran necesarios para disponer tantos millares de camas. Además el pueblo inglés, previsor por naturaleza, sabía ya perfectamente lo que iba á pasar, pero se hallaba contento y satisfecho, contribuyendo con su presencia á la solemnidad de tan magnífica fiesta nacional, y pudiendo lanzar los mas entusiastas *hurras* al desfilarse por delante de la Reina, en lo cual recibe siempre, á fuer de decidido monárquico, un verdadero honor y un placer.

Hé aquí un ligero bosquejo del grandioso cuadro que, á los ojos del observador, ofrecía la revista. Figuráos las orillas de toda la costa erizadas de una respetable escuadra de buques de todos portes, desde la simple lancha pescadora hasta los mas vastos y elegantes vapores que se han podido votar al agua en Inglaterra. Las inmensas falanges de espectadores conducidos en estas embarcaciones son de mejor condicion que los que permanecen á pié firme en la playa; pero tampoco pueden ver mas que de lejos la revista, por estar prohibido atravesar la línea que forma la flota, al rededor de la cual giran caprichosamente una y cien veces, aunque contenidas por cierto número de barcos ligeros, que llevan dos grandes balas negras pendientes del palo mesana, y que son los encargados de tener á raya á los curiosos. Poco ántes de terminarse la ceremonia la Reina se dignó alzar esta prohibicion, y dueños ya los espectadores de maniobrar en el agua á su completo albedrío, se lanzan hácia el punto donde se halla la augusta Soberana, y se complacen en venirla escoltando á su regreso á Portsmouth, en medio de las mas entusiastas aclamaciones exhaladas desde la cubierta de la numerosa escuadra que forma aquella infinidad de variados bajeles. Entretanto los navíos y fragatas revistados, y vueltos á su anclaje, acompañan esta interesante escena con estruendosas salvas de artillería. Podría decirse con bastante exactitud que todos los buques que voluntariamente habian concurrido á la gran fiesta, formaban por su diversidad de formas y proporciones, el celaje y los fondos de aquel gigantesco cuadro. El solo puerto de Southampton ha contribuido á la animacion de esta indescriptible escena con mas de setenta vapores, entre los cuales importa advertir que hay algunos mayores que los mismos navíos de línea. La casualidad me permitió fijarme un tanto en el *Atrato*, perteneciente á la compañía de vapores de las Indias occidentales, y que sin disputa es uno de los mas admirables modelos que pueden verse de arquitectura naval. Es inconcebible la multitud de pasajeros que llevaba á bordo; castillo de popa, duneta y tambores, todo respiraba bullicio y animacion; parecia una montaña que hendía blandamente las olas.

La compañía Peninsular y Oriental se distingue entre sus rivales, y ha tenido la feliz ocurrencia de convertir á sus buques, en obsequio de los espectadores mas que en provecho propio, en verdaderas fondas flotantes, dotadas con mas de 1,500 camas. El Almirantazgo no se ha conducido con ménos generosidad, ántes por el contrario, ha puesto tambien á disposicion del público todos aquellos de sus buques que no han tenido que figurar de una manera oficial en la fiesta, y no contento con esto, ha registrado los mas escondidos rincones del arsenal, y prescindiendo de un amor propio mal entendido, ha exhumado una multitud de cascos que se hallaban dados de baja, para atender á las vastas necesidades de aquel día. Bajo este supuesto, toda embarcacion se consideraba útil con tal que flotase, lo cual me ha proporcionado ocasion de volver á ver, por ejemplo, al *Radamanto*, buque al que yo conocí hará cosa de veinte años en el Mediterráneo, donde pasaba por una obra maestra en el arte de la construccion naval, y que en el día nos parece mas raro que el antiguo *state-coach* del lord corregidor. No podemos calcular con probabilidades de acierto á cuanto ascenderia la poblacion flotante sobre esa vasta escuadra de buques de tan diferentes tamaños; lo único que podemos afirmar es que todos se veian gallardamente empavesados, y que un gran número habia desplegado al viento el pabellon francés desde la punta de su mástil de mesana, tributando tan delicado homenaje de galantería á sus valientes aliados. Grande, muy grande habrá sido la satisfaccion que este espontáneo testimonio de respeto dispensado á la Francia ha debido hacer experimentar á la tripulacion entera de dos vapores de esta nacion, llegados del Havre, cargados de pasajeros deseosos de asistir á la gran fiesta de que estamos dando cuenta á nuestros lectores.

Vengamos ahora á examinar el centro del cuadro, la escena principal del mismo. Constituyen sus personajes mas de trescientos buques de guerra, casi todos de vapor y de hélice, tripulados por mas de 25,000 marineros, guarnecidos por mas de 3,000 cañones ó morteros, y puestos en movimiento por una fuerza de mas de 30,000 caballos de vapor. Estos bajeles, de todos tamaños, formas y especies, desde la simple bombardera aparejada á lo cutter, y conteniendo tan solo un mortero y diez y seis hombres de tripulacion, hasta el navío de tres puentes armado de 131 cañones y tripulado por mas de 1,000 marineros, se hallaban formados en tres hileras regulares extendidas de Oeste á Este. La primera, la del Norte, que era la que se hallaba mas cercana á Portsmouth, se componia de cuatro baterías flotantes y de cincuenta bombardas de vela, todas empavesadas. Estas no se movieron de su puesto ni dispararon un solo

cañonazo, pues su única mision era la de indicar las respectivas posiciones de los buques. Al Sur de esta primera línea se extendian las otras dos, uniformemente compuestas de 22 barcos de línea de hélice, 11 en cada una, de 20 fragatas y corbetas de hélice, de 18 fragatas y corbetas de ruedas, y de 130 cañoneras de hélice. La derecha de la armada daba el frente á Portsmouth, y figuraban en ella los bajeles de mas porte. En las extremidades de ambas líneas, separadas entre sí por espacios iguales de seis cables, ó lo que es lo mismo, de cerca de 600 metros, se veian, allá á unas tres millas de distancia de las embarcaciones que formaban á la cabeza de aquellas y hácia el Oeste, los buques de vela de 90 cañones *Rodney* y *London*, surtos cerca del faro de Nab; y al Este, á eso de una milla de las últimas lanchas cañoneras, una reserva de transportes, de almacenes y de talleres flotantes El Almirantazgo, que no confiaba por lo visto tanto como el público en el *Queen's Weather*, tenia tomadas estas disposiciones para el caso en que el tiempo no hubiese permitido remontarse hácia el Oeste; entónces habríase dado la vuelta; hubiera desfilado la escuadra en la rada de Cowes, y la reserva hubiera tenido que soportar el asalto dado por las lanchas cañoneras á los muros de Portsmouth y Southsea-Castle. Pero el cielo se ha encargado de fortificar la fé popular castigando la incredulidad del Almirantazgo.

Las doce de la mañana serian cuando el magnífico yacht de la Reina de Inglaterra el *Victoria and Albert*, seguido del *Fairy-Queen*, del *Black-Eagle*, del *Vivid* y del *Dasher*, dobló la punta del puerto de Portsmouth y se presentó delante de la escuadra. Gracias á la marera, porque parece que todo ha conspirado para añadir brillantez y realce á tan portentosa fiesta, los buques de las tres hileras, sujetos por sus respectivas anclas, se presentaban, vistos de lado, de manera que sus brillantes pavese colocados á la inglesa, esto es, describiendo una línea seguida que empieza en el bauprés y se eleva por encima de todos los mástiles para volver á descender por la parte opuesta por la botabara de la cangreja hasta el mar; formaban verdaderamente otros tantos arcos triunfales. Ocurrió en aquel momento una escena tan fantástica como majestuosa; á una señal del *Wellington* la flota en masa saludó á su augusta Soberana, y una blanca nube de humo, formada por los disparos de la artillería, envolvió las dos líneas de la espalda en una extension de mas de dos leguas. Entretanto el régio yacht avanzaba sin cesar y bien pronto penetró seguido de su escolta, entre la fila de baterías flotantes y bombardas y la primera línea de bajeles, fragatas y lanchas cañoneras. Entónces, despues de haberse dirigido por el Este hasta aproximarse á la reserva, la Reina volvió á subir por entre las dos hileras de lanchas cañoneras, hasta la cabeza de la escuadra, formada como ya he dicho anteriormente, por los buques de alto bordo.

Hasta entónces puede decirse que no se diferenciaba aquella de una revista del Campo de Marte; pero de repente se ofreció á nuestra vista el mas sorprendente espectáculo, motivado por la orden de aparejar, dictada por el almirante á la flota, á fin de que esta viniese á desfilarse delante de la Reina hasta el faro de Nab, dando vuelta al rededor del *Rodney* y del *London*. Aquella maniobra general fué verdaderamente magnífica, y de seguro no es posible imaginar una perspectiva mas pintoresca que la que formaba aquella multitud de bajeles avanzando con regularidad y á distancias admirablemente conservadas por ambos lados del régio yacht; presentando su marinería trepada sobre las vergas y ensordeciendo sucesivamente el aire con energicos y entusiastas *hurras* lanzados segun iban pasando por delante de su egregia Soberana. (Pág. 344 y 345).

Hubo un momento en que la escuadra de lanchas cañoneras, adelantándose desde el fondo del horizonte con sus chimeneas vomitando humo, ofrecía el mas extraño punto de vista. A su vez aproximáronse tambien al yacht real; pero en lugar de seguir á los navíos y fragatas hasta el faro de Nab, desfilaron de dos en dos con una regularidad que hubiera causado envidia sin duda á mas de un regimiento de caballería, y virando de bordo fueron á formarse en orden de batalla delante del puerto de Portsmouth.

El yacht real entónces emprendió de nuevo su rápida marcha entre los navíos y fragatas para colocarse en disposicion de presenciar el desfile de la escuadra, el cual se verificó con una exactitud y una limpieza de maniobras, que prestaron á la escena un carácter verdaderamente grandioso. La Reina entónces despidiéndose graciosamente de sus buques de alto bordo y saludándoles por medio del pabellon real bajado hasta medio mástil, se dirigió con extraordinaria rapidez hasta el puerto de Portsmouth, donde resonaba ya el estruendo de las salvas de artillería, producido por las lanchas cañoneras que dieron fin á la fiesta con el simulacro de un ataque verificado contra las obras que se extienden desde Southsea-Castle hasta el fuerte de Menckton.

La significacion moral de esta solemne fiesta estriba, en mi concepto, en el grandioso alarde que ha tenido ahora ocasion de hacer la Inglaterra de las fuerzas navales que pensaba destinar á la campaña del año venidero, mostrando que posee una escuadra numerosa, bien equipada, perfectamente dirigida y capaz de hacer respetar su bandera en toda la vasta extension de los mares.

J. R.

La marina francesa ha sido representada en la gran revista naval por el contra-almirante Jurien de la Graviere; por los capitanes de navío Belvèse, Giromeau, Didelot y Gollman; por los capitanes de fragata Lejeune, Benic y Chaperon; por los tenientes de navío Fau-

guet, Dubourgnois, Toubaulie, Lafond, Zédé, Boille y Hamelin, y por los señores Beaulie y Hocquart, oficiales del ministerio de Marina que iban á bordo de la bonita corbeta de vapor el *Duchayla*.

La revista concluyó de una manera que produjo en todos la mas grata sorpresa, y de la cual nada se habia dicho en el programa del Almirantazgo.

Cuando multitud de personas que habian tenido que soportar la fatiga del día se disponian á volver á sus casas, aparecieron de pronto iluminadas las vergas y los portas con fuegos de Bengala. A las nueve se disparó un cañonazo, y toda la flota que se hallaba anclada, se encontró iluminada como por encanto. (Pág. 348). En toda la costa resonó un grito de admiracion, que fué repetido en la multitud de buques que á lo lejos flotaban sobre el mar.

De nueve á diez se lanzaron millares de cohetes que caian como una lluvia de oro alrededor del navío *Almirante*. El comandante general sir Jorge Seymour recibió por la noche á los jefes de la flota y oficiales del almirantazgo. El almirante francés y su estado mayor fueron muy bien recibidos. Para coronar la fiesta arribó casi en aquellos momentos el *Erebus*, batería flotante de gigantescas dimensiones, construida por Napier, y procedente de Glasgow.

Portsmouth 25 de abril.

En la mañana del 24 nada se habia modificado en la posicion de la escuadra inglesa, pero á eso de los once, los buques se prepararon unos á cambiar de fondeadero y otros á entrar en el puerto. Los dos navíos de vanguardia de velas el *London* y el *Rodney* se colocaron á la cabeza de la línea. Todo el día hubo un gran movimiento en la rada.

A las cuatro y media de la tarde el almirante Jurien de la Graviere volvió á bordo del *Duchayla*, y una hora despues salia en el *Porc-Epic* con su estado mayor y la diputacion para asistir á la comida que dieron los comandantes de los navíos ingleses á los oficiales franceses.

Los almirantes ingleses Seymour, Dundas y Baynes, presidian el banquete que tenia lugar en el arsenal.

El salon del festin estaba adornado con mucho gusto; á la entrada y cerca de la mesa donde debian figurar los almirantes se veian los pabellones de la reina de Inglaterra.

Habíanse designado de antemano los comandantes ingleses que debian cada uno en particular hacer los honores de la comida á un oficial francés. La mas cordial simpatía presidió constantemente en esta fiesta. (Página 349).

Se echaron muchos brindis que principiaron por uno del almirante inglés Seymour á la Reina de Inglaterra y luego al Emperador y á la Emperatriz de los franceses. En algunas palabras bien sentidas el almirante insistió sobre la sincera amistad que reune á las dos naciones y sobre la confianza recíproca que debe haber entre ellas. Un brindis al ejército francés fué recibido con las mayores aclamaciones.

El almirante Jurien respondió al almirante Seymour reasumiendo en breves palabras los grandes hechos de la guerra y pagando un justo tributo de elogios á las sobresalientes cualidades que han desplegado los ingleses en la doble campaña del mar Negro y del Báltico. Además dió gracias á los oficiales por el concurso que les habian prestado en todas ocasiones, lo mismo que los ejércitos franceses de tierra y de mar habian hecho con ellos.

En fin fué una verdadera fiesta de familia. A las once un vapor del almirantazgo, fondeado en el arsenal, recibia á los oficiales franceses y los llevaba á la isla de Whigt donde el royal-yacht-club daba un baile al que habian sido convidados. Allí fueron objeto de las mismas demostraciones de simpatía. El baile se prolongó hasta muy tarde. (Pág. 349).

A las tres los oficiales franceses se embarcaban para volver á bordo y á las seis de la mañana el *Duchayla* salia con direccion á Cherburgo.

## LA FLOR DE LAS RUINAS.

RELACION DE UN SUCEDIDO POR FERNAN CABALLERO.

I.

A principios de este siglo, y ántes de la invasion de los franceses en la península ibérica, se habia reunido una numerosa sociedad en una de las casas de campo que circundan á Lisboa como macetas de flores.

Entónces la política estaba circunscrita al gobierno; ¡ojalá sucediese hoy lo mismo! así podríamos decirle con el descanso que exclamaba un marido al contemplar el panteon de su mujer:

Ci git ma femme... Ah! qu'elle est bien  
Pour son repos, et pour le mien! (1)

De esto resultaba que en las sociedades no disputaban sino que se divertian los concurrentes. No tomaban los hombres para darse importancia y talento de hombres públicos, esos afectados aires de madurez (harto desmentidos en la vida privada,) no se anticipaba una agria y criticadora vejez; por el contrario se prolon-

(1) Aquí yace mi mujer,  
Ella descansa y yo tambien.

gaba, alguna vez con exceso, una alegre y móvil juventud, lo que á lo ménos no hacia á los hombres antipáticos, hipócritas y arrogantes, ni peor al gobierno.

Las hijas, sin tener pretensiones algunas al espíritu de independencia que le quieren inocular las ideas avanzadas, no aspiraban á ser *libres*, pero eran de hecho soberanas, lo que engendraba el buen gusto y finura de aquella sociedad. La influencia de la mujer es la mas selecta cultura que recibe el hombre. La señora de la casa en que se hallaba reunida la que hemos mencionado, estaba sentada á la mesa, cubierta esta de un opíparo refresco. Apesar que aquella habia pasado su primera juventud, era aun muy bella, y aunque con su acostumbrado buen trato se ocupaba sin cesar de las personas que tenia á su lado, sus negros y hermosos ojos no se apartaban de un jóven elegante y bien parecido, que estaba sentado á los piés de la mesa. Uno de sus vecinos, que era intimo amigo de la casa, lo notó y se sonrió: entonces ella le dijo en queda y conmovida voz:

— ¿No es cierto que es muy hermoso?

— Como que es vuestro vivo retrafo; contestó su amigo.

— No, no, repuso la señora; yo soy pequeña y él tiene la persona de su padre.

— Verdad es, contestó su vecino, que tiene la aventajada estatura de su padre; lo que no obsta á que tenga las perfectas facciones de su madre.

Este hijo acababa de llegar de Inglaterra, en donde su padre, que era un cónsul extranjero, habia dispuesto que se educase, y en regocijo de su regreso se daba la presente fiesta.

Habiase la concurrencia levantado de la mesa, y formaba ahora diferentes grupos; unos cerca del piano, otros al lado de las mesas de juego, y otros en el terrado ante la casa para gozar del fresco y de la hermosa vista que desde allí se extendia en prolongada lontananza, mas bella aun á la mágica luz de la luna, que reflejada en el mar, le daba un brillante horizonte de plata.

La dueña de la casa se sentó al lado de la abierta puerta del jardín, y á poco el recién llegado vino á sentarse á su lado.

— ¡Qué hermoso es esto, madre mia! exclamó con entusiasmo.

— ¿Con qué no has olvidado del todo á tu patria en los diez años que has estado ausente, hijo mio?

— ¡Oh! no: contestó el jóven; pero las imágenes que conservaba mi memoria eran las que ví en mi niñez con mis ojos de niño, las que son por consiguiente completamente distintas de las que percibo ahora.

— ¿Y cuáles te agradan mas?

— Me seria difícil decidirlo, señora; lo que sí puedo aseguraros, es que lo que ahora veo tiene la ventaja de una sorpresa admirativa, sin haber perdido el indefinible encanto que el recuerdo le presta. Así es que gozan á un tiempo mis ojos y mi corazón.

— ¿Te parece pues bella, aun viniendo de Lóndres, nuestra Lisboa? preguntó con patrio orgullo la hermosa portuguesa.

— Bellísima, madre, ¿cómo no me lo habia de parecer aquella hermosa, cuyos piés besa el Tajo con sus dulces labios y el Océano con sus saladas olas, y que retirándose de ambos como altiva doncella, se refugia á las faldas de su madre, que la corona de mirtos, azahares y jazmines como á una ninfa?

— ¿La amas, pues, mas que á la soberbia Inglaterra? preguntó con gozo su madre.

— Sí por cierto: la Inglaterra es grande y bella, pero lo es como una estatua de mármol. Tiene el porte digno y frio de una princesa, y no inspira amor ni simpatía. Así es que todo inglés que puede hacerlo, vive la mitad de su vida ausente de su patria, y nosotros no nos hallamos sino en ella, puesto que ellos aman á su país por reflexion y nosotros al nuestro por sentimiento. Que hayan los ingleses formado á su país, ó que su país los forme á ellos, de ambas maneras preside á esta obra de cabeza la frialdad; así es que en aquel país se piensa mas, y en el nuestro se siente mas; el inglés *admira* á su país, nosotros *amamos* al nuestro.

— ¡Muy cierto! exclamó su madre. Tu padre me llevó recién casada á Inglaterra. Todo lo hallé muy hermoso en aquel país de las perfecciones materiales; pero, hijo mio, añadió poniendo su mano sobre su corazón, este rinconcito que tenemos aquí, no lo hay allí (1).

## II.

Tenia Pedro, que así se llamaba el recién llegado, una naturaleza esencial y profundamente poética; no porque tuviese una imaginación vasta y creadora, sino porque tenia un manantial perenne de poesia en su corazón; por lo cual si bien no expresaba un pensamiento bello engarzado en buenos versos, lo impregnaba todo de ese maná poético bajado del cielo sobre esta árida vida, y sin por eso prestarle una disposicion ó viso romanesco á las cosas, pues para él era lo poético lo sencillo y lo cotidiano; pero no lo extravagante. Su ideal era restringido y alumbrado con su divina luz interna cada objeto aunque pequeño, siempre que fuese de naturaleza buena, inocente y sincera; apartábase instintivamente de los volcanes y sus ardientes lavas las pasiones, de los fuegos fatuos, de las falsas brillantes ideas, del ruido y de la pompa de la retumbante pala-

brería, teniendo cual los reyes de Oriente una estrella en el cielo, á la que con fé ciega seguia.

De esto resultaba que era Pedro un jóven modesto y reconcentrado, porque solo en su madre hallaba aquella paridad de ideas y de sentimientos, que inspiran y engendran una entera confianza. Divorciado por inclinacion y por deber de todos los vicios, no habia intimado con los jóvenes de su edad, que los suelen ostentar, no sabemos si como prerrogativas, si como desprecupaciones, si como gracias ó como laureos de rebeldia.

Así sucedia que solia pasear solo, sin dejar por eso de gozar entre aquellos mirtos y laureles, que hacen del de Lisboa uno de los mas bellos paseos de Europa.

Muchas veces habia notado Pedro con extrañeza á una jóven de condicion humilde, pero de una hermosura notable, la que se sentaba solitaria en uno de los bancos del paseo, y que puesta la mano en la mejilla no levantaba sus ojos del suelo sino para fijarlos en él. Habia en aquellas miradas una mezcla de tristeza, de inocencia ó de ignorancia de los usos establecidos, unida á un interés tan sentido sin ser provocado por el que lo inspiraba, que no pudo ménos que sorprenderlo. Empero en el sentir delicado de Pedro, lo chocante de la provocacion superó todo el atractivo que la hermosura y todo el interés que la tristeza debian naturalmente inspirarle. Pero cada tarde hallaba Pedro á la muchacha en el mismo sitio, cada tarde veia á algunos jóvenes calaveras, á quienes aquella linda aparicion atraia, rudamente rechazados, y cada tarde era mas marcado el dolor que se iba grabando profundamente en aquel jóven y hermoso.

Dice Kératry que Dios ha dado la compasion por abogada á la desgracia; así sucedió que algunos días despues, al llegar la entrada de la noche y al notar que la muchacha se levantaba para retirarse, y que por despedida fijaba en él sus grandes ojos de los que corrian abundantes lágrimas, Pedro, á pesar de la timidez de su carácter y de la rigidez de su conducta, fué arrastrado á seguirla, mas por la compasion que las lágrimas inspiran que no por la seducción que la belleza ejerce.

Despues que en su seguimiento se hubo internado por algunas calles solitarias, Pedro se acercó á ella y le preguntó con timidez, si le aquejaba algun pesar, y si era de naturaleza que pudiese él remediarlo ó aliviarlo.

— Soy muy desgraciada, contestó ella prorumpiendo en un amargo llanto.

— ¿Cuál es vuestra desgracia?

— No puedo decirlo.

— Así no hallaréis consuelo. ¿Por qué venís todas las tardes al paseo?

— Antes venia porque me obligaban; ahora vengo por mi propia voluntad.

— ¿Quién era y cuál el motivo que os obligaba, á vos, tan linda y tan niña, á venir sola á un paseo público?

— No puedo decirlo.

— ¿Y por qué venís ahora de motu propio?

La muchacha calló. Pedro repitió su pregunta.

— ¿Qué os importa? respondió la muchacha con una mezcla de despecho, de afliccion y de brusqueria, que aunque unidos, se hacian cada cual palpables en sus palabras duras, en su acento amargo, y en sus dolorosas lágrimas.

— Me importa, puesto que lo pregunto, dijo Pedro.

— ¿Y por qué os importa?

— Porque me interesais.

— ¿De veras? exclamó ella.

— Muy de veras, respondió Pedro, decidme pues el motivo de vuestra afliccion.

— No puede ser; si os intereso demostrádmelo de otra suerte que no con preguntas.

Pedro sacó del bolsillo una moneda de oro que presentó á su interlocutora.

— Eso no, exclamó esta con vehemencia, no me lo demostréis ni con preguntas, ni con monedas, las unas demuestran curiosidad, las otras caridad, pero ninguna demuestra...

Se detuvo y añadió con tristeza: *interés*.

— Dejád que os acompañe á vuestra casa, dijo Pedro cada vez mas empeñado, y cada vez mas interesado por aquella extraña mujer. Esta no pudo disimular un estremecimiento y exclamó:

— No, no, ni pensarlo, eso no puede ser.

— ¿Sois casada? preguntó Pedro.

— Ni soy casada, ni me casaré nunca, nunca.

— ¿Entonces en qué puedo servir? tornó á preguntar Pedro, absorto de encontrar tantas anomalías, tan extrañas reticencias en aquella criatura singular.

— ¿Servirme? De nada podeis servirme, repuso ella.

— ¿Pues en qué puedo al ménos complaceros y mostraros mi interés?

— Con dejarme que os mire, que os hable y que os ame, sin rechazarme como hasta aquí habeis hecho.

El morigerado carácter de Pedro, la delicadeza de sus ideas y sentimientos en cuanto á la reserva y modestia de la mujer, tan instintivas en ellas que no necesita la educacion ingerírselas, llevaron un rudo choque al oír aquellas palabras.

Viendo que callaba, la jóven volvió á prorumpir en un amargo llanto exclamando: ¡madre! ¡madre! ¡por qué me paristes! ¡Qué crueles son los hombres todos!

— ¿Pero si yo os amase á mi vez como de cierto sucederia? preguntó Pedro.

— ¿Y qué mal habria en eso? repuso ella.

— Es, dijo Pedro, que yo no puedo ni debo amar sin saber á quien amo, á un ente misterioso que se oculta de mí; á una mujer que cual una nube aparece sin

saber de donde viene, y cual aquella puede desaparecer sin que sepa donde irá.

— Yo creia, repuso ella, que el amor no hacia mas pregunta, ni necesitaba saber mas; sino si era correspondido; pero ya veo que hasta para amarse se pide pasaporte. Adios, olvidad á una infeliz que creyó un momento hallar un corazón que le diese tan solo un poco de amor, en cambio de todo el suyo.

Diciendo esto se alejó. Pedro corrió tras ella. Entonces la muchacha se paró y le dijo cruzando sus manos:

— ¡Por Dios! ¡por Dios no me sigais; os juro que mañana me hallaréis en la alameda, y rápida como esas exhalaciones que se ven sin dar tiempo á fijarlas, desapareció cual ellas en la oscuridad.

## III.

Al día siguiente Pedro, sin premeditada intencion, y aun sin notarlo, salió mas temprano que otras tardes para ir á su acostumbrado paseo, mas á pesar de eso cuando llegó ya estaba aquella extraña muchacha en su misma actitud triste, en su acostumbrado asiento.

Al poco rato se levantó y salió del paseo; Pedro la siguió á distancia, hasta que internados por calles solitarias, y debilitada la luz del día por la total ausencia del sol, pudo alcanzarla y dirigirla la palabra sin que fuese notado.

Cuanto por ambas partes se dijeron fué con poca variacion lo que se habian dicho la tarde ántes, acabando la entrevista por parte de ella con la vehemente y angustiosa prohibicion de que la siguiese y la promesa de volver á la tarde siguiente. Cada tarde volvia Pedro mas empeñado, mas interesado y mas seducido por aquella hermosa jóven, que era á un tiempo tan delicada y tan inculta, tan sentida y tan áspera, tan franca y tan misteriosa, llegando esta última peculiaridad al extremo de no poder averiguar Pedro lo mas mínimo sobre su persona, su familia y su condicion. Por mas que la reciente confianza que se establece entre dos personas que á medias sienten un mismo sentimiento, autorizase á Pedro á ser exigente en sus preguntas, y obligase á ella á ser franca en sus respuestas, nada supo Pedro, porque la tierna y feliz jóven que sonreia con dulzura, se tornaba al oír sus preguntas en taciturna y áspera, y si persistia amenazaba á su amante con alejarse para siempre de su lado. Sobre lo que mas insistia Pedro, que era en saber su domicilio, no pudo arrancarle otra respuesta que la singular y afirmativa repeticion de que vivia entre ruinas, sirviéndole esta declaracion á un tiempo de respuesta á las indagaciones de su amante y de pretexto para no introducirlo en su casa; así era que Pedro, á falta de otro nombre, le habia puesto el de *Flor de las ruinas*, pues mientras existan el amor y la poesia, siempre será la flor el emblema de una hermosa, ó de una querida jóven.

El amor y la poética mente de Pedro, unas veces lo llevaban á pensar que fuese la que amaba alguna huérfana encerrada desde niña en algun convento ó instituto de enseñanza, que hallaba medio de disfrazarse y escapar por algunas horas de su encierro; otras conjeturaba que podria ser un miembro de alguna familia arruinada que vivia aislada y oscuramente en algun ángulo de su derruida casa solariega; otras, en fin, se estremecía con la idea de que pudiese ser alguna mal casada que huiese sigilosamente del techo conyugal. Sobre esto le tranquilizaba la seguridad que le habia dado de que no era casada; pero al mismo tiempo le habia dado otra, y era que no se casaria nunca. ¿Ligábala quizás algun voto? Si habia vivido reclusa, ¿cómo era tan atrevida y tan llena de decision? Si habia vivido en el mundo, ¿cómo era tan completamente ignorante de sus usos, de sus miramientos, y casi de su lenguaje? Pedro se perdía en sus conjeturas, se desesperaba en medio del caos de confusiones en que vivia, gracias al capricho de una mujer niña que lo dominaba y seducia, á pesar de su temprana razon y de la severa delicadeza de su sentir.

Pedro habia exigido para que sus relaciones no fuesen notadas, cosa de que por una de sus muchas anomalías no parecia cuidarse su querida, que esta no volviese á la alameda, y que fuesen sus entrevistas en un lugar mas apartado y solitario. Siempre en estas citas ella se adelantaba á Pedro; y la señal para encontrarla, era la que en el Mediodía prefiere el amor, porque es el idioma del corazón, esto es el canto, en que á la vez expresa su pensamiento con la letra y su sentir con la armonía. Pedro apresuraba sus pasos cuando llegaba á sus oídos una voz clara y sonora que cantaba estas y otras parecidas estrofas:

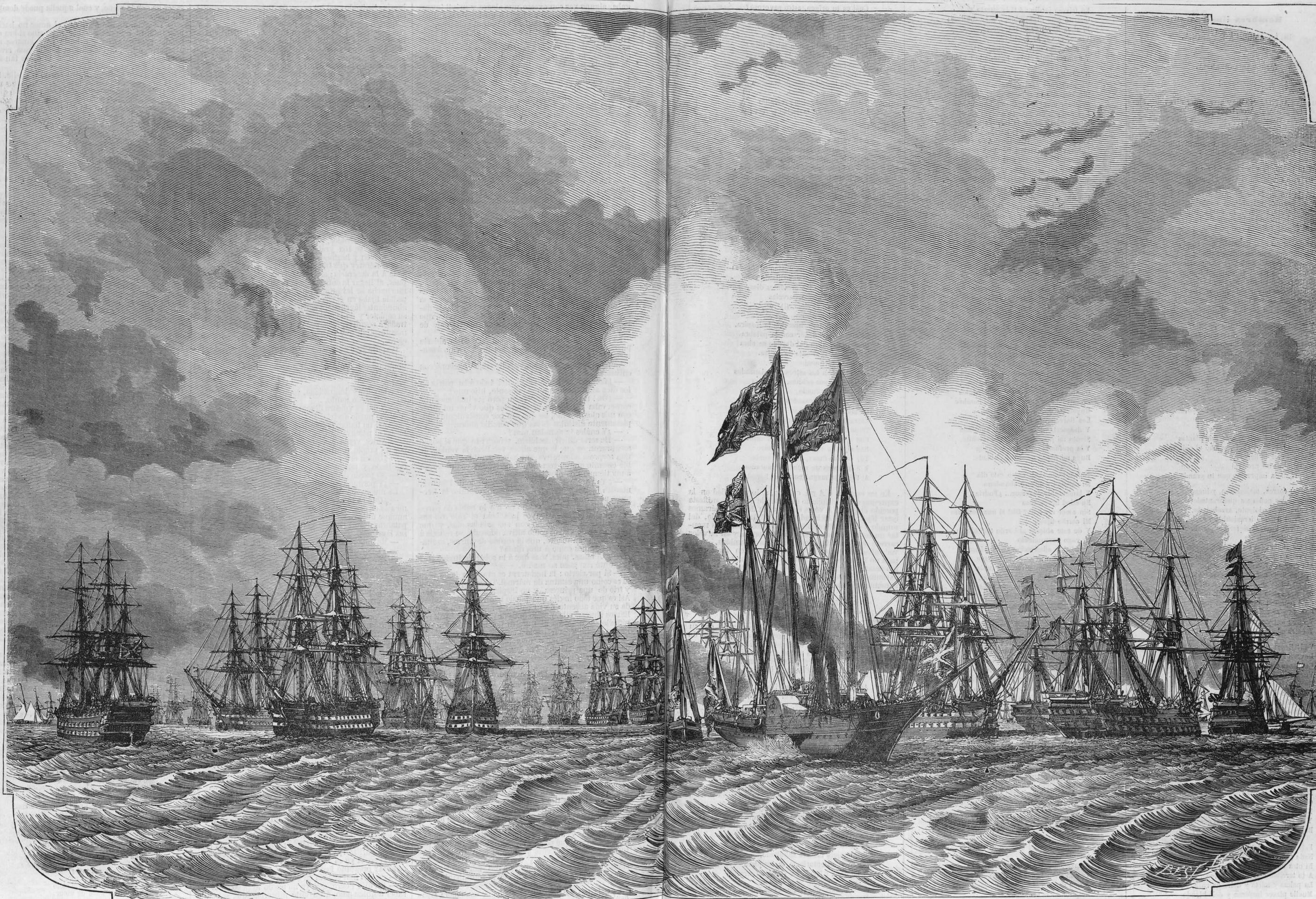
He de amar, amaren quero  
Pro mas que murmure a gente,  
Q'esa gente que murmura  
Tal vez nao seja inocente.

Se o amar fóra pecado  
Era eu gran pecador,  
Mas o Ceo facil perdoa  
Culpa que nasce d'amor (1).

(1) He de amar, amar yo quiero  
Aunque murmure la gente  
Que esa gente que murmura  
Tal vez no sea inocente.  
Si el amor fuese pecado  
Yo seria gran pecador  
Clemente perdona el cielo  
Culpa que nace de amor.

(Se concluirá.)

(1) Bellísima y significante expresion de una señora española á su regreso de Lóndres.



La escuadra inglesa desfilando por la contraestribor y babor por delante del yacht de la reina, sobre la línea de los navios el London y el Rodney.

## Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

(Conclusion.)

En su silva AL NIÁGARA hay arranques atrevidos, elevación en los pensamientos, imágenes felices, gradaciones oportunas, y en mas de un pasaje una verdadera armonía imitativa deleita el oído.

Nada tan conforme con el carácter de Heredia como elevarse de la contemplación de esa maravilla al Autor de todas las maravillas. Por eso dice :

Y tu profunda voz hiere mi seno  
De este raudal en el eterno trueno.

¡Qué feliz no es la comparación que el poeta hace entre la constante, estrepitosa caída de las aguas en aquella hondísima sima, y la caída rápida, constante del tiempo en la insondable sima de la eternidad! Pero mejor será copiar toda la composición :

Templad mi lira, dádmela, que siento  
En mi alma estremecida y agitada  
Arder la inspiración. Oh! cuánto tiempo  
En tinieblas pasó, sin que mi frente  
Brillara con su luz! Niágara undoso,  
Tu sublime terror solo podría  
Tornarme el don divino, que ensañada  
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla  
Tu trueno aterrador; disipa un tanto  
Las tinieblas que en torno te circundan;  
Déjame contemplar tu faz serena,  
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.  
Yo digno soy de contemplarte : siempre  
Lo comun y mezquino desdendiando,  
Ansié por lo terrífico y sublime!  
Al despeñarse el huracán furioso,  
Al retumbar sobre mi frente el rayo,  
Palpitando gocé : ví al océano  
Azotado por austro proceloso,  
Combatir mi bajel, y ante mis plantas  
Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro.  
Mas del mar la fiereza,  
En mi alma no produjo  
La profunda impresión que tu grandeza.

Sereno corres, majestuoso, y luego  
En ásperos peñascos quebrantado,  
Te abalanzas violento, arreatado,  
Como el Destino irresistible y ciego.  
¿Qué voz humana describir podría  
De la sirte rugiente  
La aterradora faz? El alma mía  
En vago pensamiento se confunde  
Al mirar esa férvida corriente,  
Que en vano quiere la turbada vista  
En su vuelo seguir al borde oscuro  
Del precipicio altísimo : mil olas  
Cuál pensamientos, rápidas pasando  
Chocan y se enfurecen,  
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,  
Y entre espuma y fragor desaparecen.

Ved! llegan, saltan. El abismo horrendo  
Devora los torrentes despeñados :  
Crúzase en él mil iris, y asordados  
Vuelven los bosques el fragor tremendo.  
En las rígidas peñas  
Rómpele el agua : vaporosa nube  
Con elástica fuerza  
Llena el abismo en torbellino, sube,  
Gira en torno, y al éter  
Luminosa pirámide levanta,  
Y por sobre los montes que le cercan  
Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en tí busca mi anhelante vista  
Con inútil afán? Por qué no miro  
Al rededor de tu caverna inmensa  
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas  
Que en las llanuras de mi ardiente patria  
Nacen del sol á la sonrisa y crecen,  
Y al soplo de las brisas del océano  
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene...  
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,  
Ni otra corona que el agreste pino  
A tu terrible majestad conviene.  
La palma y mirto y delicada rosa,  
Muelle placer inspiran y ocio blando

En frívolo jardín : á tí la suerte  
Guardó mas digno objeto, mas sublime;  
El alma libre, generosa, fuerte,  
Viene, te ve, se asombra,  
El mezquino deleite menosprecia,  
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

Omnipotente Dios! En otros climas  
Ví monstruos execrables  
Blasfemando tu nombre sacrosanto,  
Sembrar error y fanatismo impío,  
Los campos inundar en sangre y llanto,  
De hermanos atizar la infanda guerra;  
Y desolar frenéticos la tierra.  
Vilos y el pecho se inflamó á su vista  
En grave indignación. Por otra parte  
Ví mentidos filósofos que osaban  
Escrutar tus misterios, ultrajarte,  
Y de impiedad al lamentable abismo  
A los míseros hombres arrastraban.  
Por eso te buscó mi débil mente  
En la sublime soledad : ahora  
Entera se abre á tí; tu mano siente  
En esta inmensidad que me circunda  
Y tu profunda voz hiere mi seno  
De este raudal en el eterno trueno.

Asombroso torrente!  
Cómo tu vista el ánima enagena,  
Y de terror y admiración me llena!  
Dó tu origen está? Quién fertiliza  
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?  
Qué poderosa mano  
Hace que al recibirte  
No rebose en la tierra el océano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,  
Cubrió tu faz de nubes agitadas,  
Dió su voz á tus aguas despeñadas,  
Y ornó con su arco tu terrible frente.  
Ciego, profundo, infatigable corres,  
Como el torrente oscuro de los siglos  
En insondable eternidad!... Al hombre  
Huyen así las ilusiones gratas,  
Los florecientes días,  
Y despierta al dolor!... Ay! agostada  
Siento mi juventud, mi faz marchita,  
Y la profunda pena que me agita  
Ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día  
Mi soledad y mísero abandono  
Y lamentable desamor... ¿Podría  
En edad borrascosa  
Sin amor ser feliz? Oh! si una hermosa  
Mi cariño fijase,  
Y de este abismo al borde turbulento  
Mi vago pensamiento  
Y ardiente admiración acompañase!  
Cómo gozara, viéndola cubrirse  
De leve palidez, y ser mas bella  
En su dulce terror, y sonreirse,  
Al sostenerla mis amantes brazos!  
Delirio de virtud! Ay! desterrado,  
Sin patria, sin amores,  
Solo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!  
Adios! adios! dentro de pocos años  
Ya devorado habrá la tumba fría  
A tu débil cantor. Duren mis versos  
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso  
Viéndote algun viajero  
Dar un suspiro á la memoria mía!  
Y al abismarse Febo en Occidente,  
Feliz yo vuele do el Señor me llama,  
Y al escuchar los ecos de mi fama  
Alce en las nubes la radiosa frente.

La composición de Heredia *Al cometa de 1825* es valientísima. El poeta se eleva de todo cuanto es grande y sorprendente en la naturaleza hasta la patria donde se nos han de explicar todos los misterios. Dulce, melancólico, con el alma saturada de pesar y el corazón despedazado, su consuelo estaba en reconocer á Dios á cada instante, amarlo y admirarlo. Transcribamos la poesía citada :

Planeta de terror, monstruo del cielo,  
Errante masa de perennes llamas  
Que iluminas ó inflammas  
Los desiertos del éter en tu vuelo;  
Qué universo lejano  
Al sistema solar ora te envía?  
Te lanza del Señor la airada mano  
A que destruyas en tu curso insano  
Del mundo la armonía?

Cuál es tu origen, astro pavoroso?  
El sabio laborioso  
Para seguirte se fatiga en vano,  
Y mas allá del invisible Urano  
Ve abismarse tu carro misterioso :  
El influjo del sol allá te alcanza,  
O una funesta rebelion te lanza  
A ilimitada y férvida carrera?  
Bandido inquietable de la esfera  
Ningun sistema habitas,  
Y tan cerca del sol te precipitas  
Para insultar su majestad severa?

Huye su luz y teme que indignado  
A su vasta atracción ceder te ordene,  
Y entre Jove y Saturno te encadene,  
De tu brillante ropa despojado.  
Mas si tu curso con furor completas,  
Y le hiere tu disco de diamante,  
Arrojarás triunfante  
Al sistema solar nuevos planetas.

Astro de luz, yo te amo, cuando mira  
Tu faz el vulgo con asombro y miedo,  
Yo, al contemplarte, ledo  
Elévome al Criador : mi mente admira  
Su alta grandeza, y tímida le adora.  
Y no tan solo ahora  
En mi alma dejas impresión profunda :  
Ya de la noche en el brillante velo,  
De mi niñez en los ardientes días,  
A mi agitada mente parecías  
Un volcán en el cielo. (1)  
El ángel silencioso  
Que ora inocente dirección te inspira,  
Se armará del Señor con la palabra  
Cuando del libro del destino se abra  
La página sangrienta de su ira.  
Entonces furibundo  
Chocarás con los astros, que lanzados  
Volarán de sus órbitas, hundidos  
En el éter profundo,  
Y escombros abrasados  
De mundos destruidos  
Llevarán el terror á otro sistema!...  
Ténte, Musa, respeta el velo oscuro  
Con que de Dios la majestad suprema,  
Envuelve la región de lo futuro :  
Tú, cometa fugaz, ardiente vuela,  
Y á millones de mundos ignorados  
Al Hacedor magnífico revela!

En las estrofas « A mi caballo, » hay verdad en la expresión del sentimiento de pesar de que se manifiesta poseído el poeta. A veces en un gran dolor quisiéramos estar lejos de la sociedad, lejos, si fuera posible, del mundo y de nosotros mismos; entonces deseamos montar un fogoso corcel, picarle de la espuela, y en la veloz carrera atravesar inmensas llanuras y ramblas, — salvar valladares y zanjas — volar, mas bien que correr, para no sumirnos en la meditación de nuestro hondísimo pesar. Espronceda no deseaba nada mejor, cuando exclamaba, si la memoria no nos hace caer en falta, de la manera siguiente :

Un caballo! un caballo! campo abierto,  
Y dejadme frenético correr!

En su agitación, Heredia había despedazado con su espuela los hijares de su caballo; y avergonzándose de haber tratado tan mal á su fiel compañero, le pide que otra vez vuele al oír sus gritos de impaciencia. Las estrofas con que remata esta composición tienen mucha delicadeza y ternura. Veámoslas todas :

Amigo de mis horas de tristeza,  
Ven á aliviar me ya. Por las llanuras  
Desatado arrebatame, y perdido  
En la velocidad de tu carrera,  
Olvide yo mi desventura fiera.

Fueron ¡ay! de mi amor las ilusiones  
Para nunca volver, de paz y dicha  
Llevándose tras sí las esperanzas.  
Corrióse el velo : desengaño impío  
El fin señala del delirio mio.

Oh! cuánto me fatigan los recuerdos  
Del pasado placer! Cuánto es horrible  
El desierto de una alma desolada,  
Sin flores de esperanza ni frescura!  
Ya qué la resta? Tedio y amargura.  
Ese viento del Sur!... ay! me devora  
Si pudiera dormir!... En dulce olvido,  
En pasajera muerte sepultado,  
Mi ardor calenturiento se templara.  
Y mi alma triste á su vigor tornara.

(1) El autor suponía que el cometa de 1825 era el mismo que había aparecido en 1811.

Mi caballo, mi amigo! A tí te imploro,  
Volemos, ay! Quebrante la fatiga  
Mi cuerpo débil : haz que de este modo  
Sobre la árida frente de tu dueño  
Sus desmayadas alas tienda el sueño.  
Débate yo tan dulce refrigerio.  
Mas, oye : ayer avergonzar me hiciste  
De mi insana crueldad y mi delirio,  
Al contemplar mis piés ensangrentados,  
Y tus hijares, ay! despedazados.

Perdona á mi furor.... El llanto mira  
Que se agolpa á mis párpados... Amigo,  
Cuando mis gritos mi impaciencia anuncien,  
No aguardes, no, la devorante espuela,  
La crin sacude. alza la frente y vuela.

Bello y García del Río han celebrado mucho dos composiciones del poeta cubano : la una, *Los fragmentos descriptivos de un poema mejicano* ; la otra, el romance *A mi Padre en sus días*. La primera ha sido aplaudida por su filosofía sublime, su ardiente patriotismo, su nobleza y elevación (1); la segunda, porque expresa con admirable sencillez la ternura del amor filial (2).

Veamos algunos rasgos del poema y del romance :

Oh! cuán bella es la tierra que habitaban  
Los aztecas valientes! En su seno  
En una estrecha zona concentrados  
Con asombro veréis todos los climas  
Que hay desde el polo al ecuador. Sus campos  
Cubren á par de las doradas mieses  
Las cañas deliciosas. El naranjo  
Y la piña y el plátano sonante,  
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan  
A la frondosa vid, al pinó agreste,  
Y de Minerva al árbol majestuoso.  
Nieve eternal corona las cabezas  
De Iztacihual purísimo, Orizaba  
Y Popocatepet; pero el invierno  
Nunca aplicó su destructora mano  
A los fértiles campos, donde ledo  
Los mira el indio en púrpura ligera  
Y oro teñirse, á los postreros rayos  
Del sol en Occidente, que al alzarse,  
Sobre eterna verdura y nieve eterna  
A torrentes virtió su luz dorada,  
Y vió á naturaleza conmovida  
A su dulce calor hervir en vida.

Hallábame sentado de Cholula  
En la antigua pirámide. Tendido  
El llano inmenso que á mis piés yacia,  
Mis ojos á esparcirse convidaba.  
¡Qué silencio! ¡qué paz! ¡Oh! ¿quién diría  
Que en medio de estos campos reinaalzada  
La bárbara opresion, y que esta tierra  
Brotaba tan ricas, abonada  
Con sangre de hombres?...

¡Gigante de Anahuac! oh! ¿cómo el vuelo  
De las edades rápidas no imprime  
Ninguna huella en tu nevada frente?  
Corre el tiempo feroz, arrebatando  
Años y siglos, como el norte fiero  
Precipita ante sí la muchedumbre  
De las olas del mar. Pueblos y reyes  
Viste hervir á tus piés, que combatian  
Cual ora combatimos, y llamaban  
Eternas sus ciudades, y creian  
Fatigar á la tierra con su gloria.  
Fueron : de ellos no resta ni memoria.  
¿Y tú eterno serás? Tal vez un día  
De tus bases profundas desquiciado  
Caerás, y al Anahuac tus vastas ruinas  
Abrumarán : levantaránse en ellas  
Otras generaciones, y orgullosas,  
Que fuiste negarán...  
¿Quién afirmarme  
Podrá que aqueste mundo que habitamos,  
No es el cadáver pálido y deforme  
De otro mundo que fué?...

Pero suspendamos estas inserciones para pasar al romance

Á MI PADRE EN SUS DÍAS (3).

Cuando feliz tu familia,  
Se dispone, caro padre,

A solemnizar la fiesta  
De tus plácidos natales,  
Yo el primero de tus hijos,  
Tambien primero en lo amante,  
Hoy lo mucho que te debo  
Con algo quiero pagarte.  
Oh! cuán gozoso repito  
Que tú de todos los padres  
Has sido para conmigo  
El modelo inimitable!  
De mi educacion el peso  
A cargo tuyo tomaste,  
Y nunca en manos ajenas  
Mi tierna infancia fiaste.  
Amor á todos los hombres,  
Temor á Dios me inspiraste,  
Odio á la atroz tiranía  
Y á las intrigas infames.  
Oye, pues, los tiernos votos  
Que por tí Fileno hace,  
Y que de su labio humilde  
Hasta el Eterno se parten.  
Por largos años el cielo  
Para la dicha te guarde  
De la esposa que te adora,  
Y de los hijos amantes.  
Puedas ver á tus biznietos  
Poco á poco levantarse,  
Como los verdes renuevos  
En que árbol noble renace,  
Cuando al impulso del tiempo  
La frente sublime abate.  
Que en torno tuyo los veas  
Triscar y regocijarse,  
Y entre cariño y respeto  
Inciertos y vacilantes,  
Halaguen con labio tierno  
Tu cabeza respetable...

A mis ojos te engrandecen  
Esos honrosos pesares,  
Y si fueras mas dichoso  
Me fueras ménos amable.  
De la triste Venezuela  
Oye al pueblo cual te aplaude,  
Llamándote con ternura  
Su defensor y su padre.  
Vive, pues, en paz dichosa :  
Jamás la calumnia infame  
Con hálito pestilente  
De tu honor la luz empañe ;  
Entre tus hijos te vierta  
Salud bálsamo suave,  
Y amor te brinde risueño  
Las caricias conyugales.

Pero ya comienza este artículo á salirse del campo que le está asignado en las columnas de este periódico, y es preciso concluir. Sentimos no tener espacio para insertar algunas de las estrofas de Heredia, *A la Noche*, *A los Griegos en 1821*, *A la Inmortalidad*, *Al Sol*, etc., etc. Mas tarde nos ocuparemos en trazar algunos apuntes biográficos de la señora Avellaneda, de Orgaz y algunos otros poetas cubanos.

J. M. TORRES CAICEDO.

Paris, 24 de Abril 1856.

Miguel de Cervantes.

Acaba de estrenarse en Paris, el 4 del mes último, un drama en cinco actos y en verso, titulado *Miguel Cervantes*, debido al eminente literato y crítico teodófilo M. Teodoro Muret, en el teatro del Odeon.

Estaria de Dios, como dicen en nuestra tierra, que un escritor extranjero nos ganase la palmeta en acometer la empresa difícil y meritoria de sacar á la escena al autor del *Don Quijote*.

Pero ya que los dados lo han dispuesto de este modo, contentémonos con la parte de gloria que le cabe á nuestras letras en el acontecimiento que nos ocupa, y séanos permitido transcribir á continuacion algunos párrafos de una revista que encontramos en el *Journal des Débats* del 7 de abril.

Véase cómo el pontífice de la crítica, el autor del *Asno muerto*, el gran Julio Janin, describe la importancia de la vida de Cervantes, al hacerse cargo del drama de M. Muret.

« Pocos hombres ilustres entre los grandes escritores han merecido tanta curiosidad, tanta simpatía, tanto respeto como el autor de ese *Don Quijote* inmortal, obra

maestra del entendimiento humano. Ocho grandes ciudades, una mas que para Homero, se han disputado el honor de haber sido cuna de Miguel Cervantes. Marinero, habia servido bajo las órdenes de Juan Dorias ; soldado, tuvo por general á don Juan de Austria, y hallóse en Lepanto asistiendo á una de las mas grandes victorias que ha ganado la España... No se comprende cómo don Juan de Austria no hizo de Cervantes el soldado, el capitán Cervantes. El era hidalgo, se batía bizarramente, y habia recibido en esta heroica batalla tres heridas, que mas tarde mostraba con orgullo. ¿Qué mas? D. Juan sabia su nombre, le habia visitado en el hospital, y hasta le habia dado para su real hermano Felipe II cartas llenas de alabanzas. La tempestad y su mala estrella arrojaron á las costas de Argel al guerrero mutilado, y como tenia el rostro altanero y la palabra elocuente, se le tomó por un general en traje de soldado. Vedle cautivo, vedle encadenado y reducido á los trabajos de la esclavitud : vedle tasado en tan alto precio, que su viejo padre, despues de vender todo el patrimonio doméstico, no puede atender á tan costoso rescate. Felizmente el esclavo era un hombre libre, independiente, valeroso : tres veces se subleva y tres veces es vencido, encadenado...

» Un día fué condenado á dos mil azotes, como él hizo mas tarde con su amigo Sancho ; pero su nuevo amo Hassan Pachá, hombre cruel y sanguinario, no osa castigar á este generoso esclavo que parecia desafiarse. ¡Extraño presentimiento en este bárbaro! Pudiera decirse que presentia algo de divino en aquel hombre encadenado. Así, dice la crónica, « por no haber doblado la rodilla, por haber despreciado el tormento, tuvo renombre, honor y corona entre los cristianos. »

De estos sufrimientos, de su cautiverio, de su libertad, hizo mas tarde tantas luminosas páginas retrocediendo gustoso sobre esas gloriosas miserias y contando sencilla y gloriosamente el modo como lo habia soportado. Nada mas verdadero que este hombre ; nada tan sencillo como su discurso. Tiene elocuencia y pasión, grandeza y encanto. Cervantes vuelve de su presidio con la cabeza alta, llorando de alegría. « ¡No hay fiesta aquí abajo mas grande que la libertad! » dice al ver de nuevo á su España. Y eso que entraba pobre y desnudo en esta ingrata patria, donde no encontraría á su padre ni el pequeño campo que le proporcionaba el sustento. Todo lo habia perdido ; pero de ese gran naufragio habia salvado la esperanza, habia salvado el amor, habia salvado su genio... ¡lo habia salvado todo! Entónces el soldado mutilado se hace poeta, el esclavo escribe comedias y compone treinta para principiar! En este tiempo era ya la comedia la improvisacion de un día : el que las hacia no ponía en ellas gran cuidado, y el público no se tomaba mucho por su parte. La comedia era una especie de ingenioso diálogo donde se hablaba por casualidad de las dichas divinas de la juventud y el amor. « Mis comedias tienen su tiempo y su estacion! » decía Cervantes encogiéndose de hombros.

El gran Lope de Vega, sin cuidarse mucho del autor dramático llamado Cervantes, se apodera de la monarquía cómica y llena el mundo entero con sus comedias. Así M. Scribe ha reemplazado á Colin d'Harleville, á Picard, á Alexandro Duval y á tantos otros... Así Víctor Hugo hace volver á la nada M. Arnault, á M. de Jouy y sus discípulos. El teatro tiene sus revoluciones tan repentinas como los pueblos ; ¡el soberano de hoy puede ser el vencido del día siguiente! ¡Ved á Cervantes! la víspera era todavía la alegría y la fiesta del teatro... hoy, para vivir, tiene que entrar en las oficinas del Estado, de las corporaciones y hasta de los ayuntamientos. ¡Cervantes recaudador de contribuciones! ¡Tenedor de libros! ¡Cervantes! « ¡Ese es el destino! »

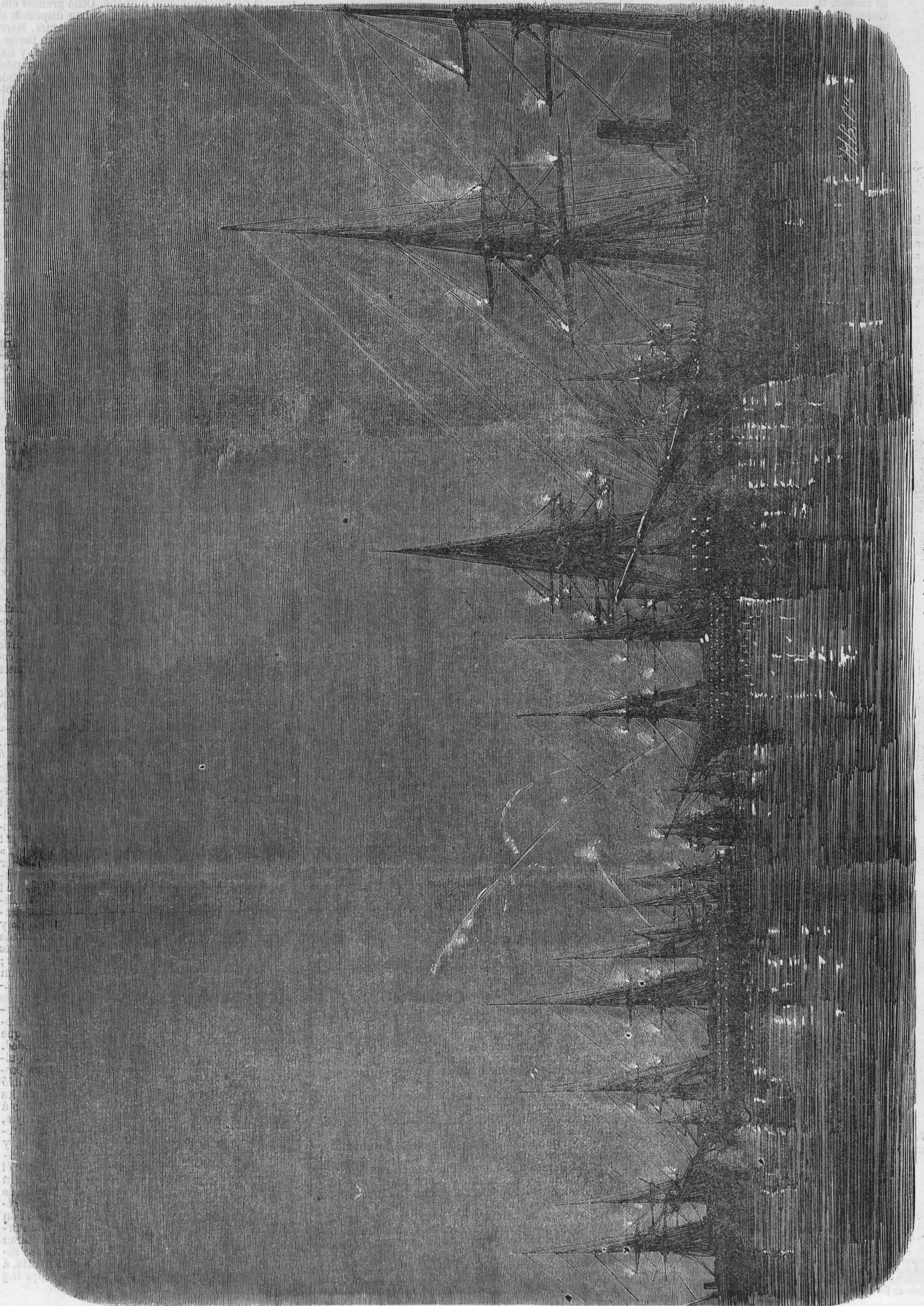
..... ¡Llama á la musa en su ayuda y vuelve á ser poeta ; y contento de vivir, y sonriendo á su genio, escribe un soneto, una balada, un cuento, una novela! Y esta novela, entre sombría y jocosa, corre por la España cuyas costumbres describe. Siempre es una mezcla encantadora de pasiones, de serenatas, de gracia y de tristeza elocuente, risueña en la superficie, animada y profunda en el diálogo. Entre otras novelas, Cervantes ha contado las aventuras de una admirable *Gitanilla* ; y de esta gitanilla, á muchas leguas de distancia, un genio medio español nos ha hecho la *Esmeralda*, la heroína de *Nuestra Señora de Paris*.

De la vida y de las desgracias de Miguel de Cervantes Saavedra, de su esclavitud y de sus amores, M. Teodoro Muret ha hecho un interesante drama ; drama que ha encontrado entero en los recuerdos de la posteridad. ¡Muéstranos al soldado de Lepanto, al padre de D. Quijote y de Sancho Panza, de esos dos héroes del gran poema en prosa de la naturaleza humana, tal cual debió ser, pobre y altivo, agoviado bajo la injusticia de los hombres y el desprecio de los cortesanos, afrontando á un tiempo la mala fortuna y la ingratitud de los reyes, girando con mas gusto en torno de su prision que al rededor del Tesoro real! Y de su espada, y de su genio, y de su grandes servicios, de su sonrisa y de sus lágrimas, ¡nadie se da cuenta en aquella España, á la que él reservaba una gloria imperecedera!... Y así vive, sin amigos, con rivales, sin recursos, sin una mirada de aquel Felipe II, que tenia en tanto á los grandes genios, que habia resablecido por su propia cuenta un decreto de Augusto que prohibía á los malos poetas firmar sus versos... ; decreto glorioso que ellos debieran haber hecho extensivo á la prosa! Hoy todavía ese decreto literario y prudente hace honor á la memoria, á la justicia, al buen sentido de Augusto y de Felipe II. »

(1) García del Río. — Museo de Ambas Américas.

(2) Bello. — Repertorio Americano.

(3) El ilustrado padre de Heredia, dice Bello, merece ser recordado por todo americano con respeto y agradecimiento, por la humanidad con que trató á los venezolanos, en su calidad de regente de la real audiencia de Carácas, durante el despótico mando de los sanguinarios Monteverde y Boves. ]



La escuadra iluminada en la noche de la revista.

mente desierto, y ha sido visitado para buscar medios de establecer allí colonias. Los atrevidos viajeros han tenido que atravesar inmensas selvas, pantanos profundos; ellos han recorrido un espacio de 750 millas de longitud y 350 de latitud, de 38° á 49° de latitud, y de 89° á 30° de longitud, al 96° 30', desde el origen del alto Missisipi hasta su union con el Missuri, el rio Rojo y los bordes del lago Superior.

Este país contiene 491 rios, los cuales fueron todos visitados. Las formaciones geológicas, desde el granito hasta el carbon, son la piedra arenisca, las calcáreas, y por fin el carbon. Además de las investigaciones geológicas, la expedición se ocupó de botánica y zoología, hizo experimentos con el termómetro y el barómetro; en el fondo del Missisipi se encontraron muchos fósiles.

Vamos á dar unos extractos del diario de viaje de los geólogos.

« En este país no se tienen que temer los ataques de los hombres, exceptuando una banda de indios que hallamos pescando á orillas del rio Rojo, y que para interrumpir nuestro viaje nos contaron el estado de guerra y agitacion del país de los Sioux. No vimos criatura humana desde el lago de Otter-Tail hasta el Pembina, un poco mas de 500 millas. No vimos en aquellas praderas extensas, entrecortadas por bosques, ningun viviente, excepto lobos grandes amarillos y dantas.

» Los búfalos deben sin duda hacer excursiones á aquellas llanuras, porque reconocimos sus huellas y hallamos esqueletos suyos. Corrimos grandes peligros en los lagos y rios, cuya navegacion es muy peligrosa, á causa de las corrientes. Tomando todas las precauciones posibles, fuimos bastante felices para vencerlas; pero una vez sufrimos un accidente, que pudo costarnos caro. Al tomar una vuelta del rio Rojo, unas 60 millas mas abajo del lago Otter-Tail, nuestras canoas cayeron en corrientes rápidas, que las llevaron á las rocas, en medio de la espuma bulliciosa. No habia mucho fondo; nuestros hombres saltaron fuera, y á pesar de lo difícil que era tenerse en pié, lograron detener la marcha de las canoas, y traerlas á unas 60 varas de las rocas, á un punto mas tranquilo.

» Habiéndose vuelto á embarcar enseguida, pudieron alejar las barcas de aquella playa insegura, no sin algunas averías, porque una de ellas hizo agua, y muchas provisiones nuestras se echaron á perder.

» A pesar de esta pérdida, nos contemplamos muy dichosos viéndonos libres de aquel peligro. Poco despues llegamos á un punto donde se necesita continuamente sacar las canoas á tierra, y llevarlas en hombros al otro lado de las caídas de agua. Esto nos sucedió mas de cien veces en un corto espacio de tiempo, sobre todo cerca de los establecimientos ingleses, á la desembocadura del Assimbom y del fuerte Guillermo: muchas veces un falso movimiento de la mitad de longitud de la canoa, basta para ser arrebatado y correr los mayores peligros.»

La expedición llegó á los establecimientos ingleses, donde fué acogida muy hospitalariamente por los oficiales ingleses de la compañía de la bahía de Hudson.

Durante nuestra permanencia en este punto, fuimos á ver un pequeño establecimiento, compuesto de 500 casas indias, cerca de la bahía del Principe Ruperto. Esta tribu es muy civilizada: los indios viven con el producto de sus granjas y el trabajo de sus manos; sus habitaciones son cuadradas, cómodas, construidas y arregladas por ellos; poseen algunos instrumentos aratorios, y saben algo de agricultura. Cada familia cultiva cerca de un décimo de acre de terreno, cuida de las bestias, las cria y se encarga del transporte de las mercaderías desde las fábricas hasta las factorías de la bahía de Hudson. Los progresos de la civilizacion de estos salvajes son debidos á la constante actividad y celo cristiano de M. Smith-hurts, misionero, que conocia á fondo su lengua. El mismo se ocupa tambien de agricultura y horticultura; habita una preciosa casita, rodeada de flores y frutos. Los indios que tienen á la vista este buen ejemplo del trabajo de la vida civilizada, han comprendido que aquellos recursos eran mas positivos que los de la caza, y han seguido el ejemplo de este digno misionero, sin atender á las chanzonetas de los chippewas, que los trataban de mujercillas y seres degenerados. « ¡Aguardad el invierno, les decian, y cuando esteis necesitados, vendréis á que os demos algunas patatas ó legumbres! »

Mas adelante hallamos los detalles siguientes sobre el lago Superior, su dulce clima, y el paisaje que lo rodea:

« El lago Superior se parece á un océano, y tiene su grandiosidad. Cuando está tranquilo, las aguas son azules, y reflejan las orillas, conservádoles exactamente sus formas y colores; pero cuando la tempestad se levanta, las olas son enormes, una espuma blanquecina bulle en la superficie, y no solo los pequeños barcos, sino los sloop, los schooners y los mismos buques de vapor se ven obligados á refugiarse en los puertos, y á buscar el mas seguro, que es el de la isla Madelina. La punta seria el mejor sitio para fundar una ciudad; el terreno es bueno, propio para el cultivo; seria fácil construir allí un puerto excelente, y es la parte que tiene mas pescado en el lago. »

Los que quieren emprender este viaje tienen que soportar privaciones y fatigas ásperas: durante dias enteros, es preciso marchar por yerbas espesas que se extienden hasta perderse de vista, cubriendo los arroyos y aun los rios pequeños; á veces hay que atravesar á nado corrientes rápidas, con un sol ardiente en la cabeza, sin un árbol ni una mata donde hallar un poco de sombra; ¡feliz el que puede por la tarde acogerse á algunos grupos de árboles, para hacer lumbre y preparar su alimento! Una roca de vez en cuando, algunos bisontes que se ven de lejos al cabo de algunos dias de marcha, esas son las distracciones que puede prometerse el viajero.

Las observaciones sobre el Missuri y las Malas Tierras

(Bad-Lands) visitadas por la vez primera por M. Evans, jefe de esta expedición, son muy interesantes.

« Desde lo alto de las colinas próximas á las montañas de roca, se ve un espacioso valle de singular aspecto, que parece un muudo en miniatura. Este valle, formado probablemente por inmensas mutaciones de agua, tiene unas treinta millas de ancho y noventa de largo; al Oeste se extiende hasta las bases de las sombrías y severas montañas llamadas Negras. Está 300 piés mas bajo que todo el país que lo circunda; el terreno está cubierto de yerbas semejantes á aquellas de que hemos hablado ántes: el aspecto de las Malas Tierras es sorprendente. El viajero pierde repentinamente los inmensos prados, y baja á un valle que ofrece á la vista rocas enormes en forma de columnas, torres, pirámides de 200 á 300 piés de elevacion; recorre calles, callejuelas y encrucijadas, formadas por estas masas colosales que tienen formas arquitectónicas, tales como arcos, cimbras, capiteles, etc., etc. Se cree ver la ciudad de los muertos, y examinando detenidamente, ¡qué horrible desolacion! El geólogo se halla bien recompensado de las penas que ha sufrido y de las privaciones que ha soportado; á cada paso encuentra tesoros para la ciencia; fósiles desconocidos, procedentes del origen del mundo, mas antiguos que los de los mamouths y mastodontes, participando á la vez de las familias de los pachydermes, plantigrados y digitígrados. El doctor Leidy halló un fósil de esta especie, al cual le puso el nombre de « archiotertum, » con dientes molares, como los del peccary y el babyrussa, caninos como los osos; el cráneo, los huesos de la cara y las cuencas de las sienas como los gatos. Leidy habla tambien de otro fósil que llama « oreodon, » con molares como los gamos, caninos como los omnívoros, pertenecientes á una raza que se mantiene de viandas y legumbres »

M. Evans encontró muchos restos de « testudinata » (tortugas): formó una coleccion, las dibujó y las publicó grabadas. Sus trabajos son tan importantes como los de Cuvier en Francia, Buckland en Kirkdale, y Falconer en las montañas de Sevalik en las Indias.

El gobierno de los Estados-Unidos ha obtenido un éxito feliz en el objeto que se habia propuesto, enviando esta expedición á las órdenes de M. Evans, que por su valor, habilidad y experiencia, secundados por sus animosos compañeros, ha logrado dar interesantes y completas noticias científicas de los países desconocidos hasta entónces de Wisconsin, Iowa y Minesota.

LOS FERRO-CARRILES EN RUSIA. — Apénas se ha presentado el héraido de la paz en el horizonte anunciando que esta se prepara á desplegar sus alas y á esparcir su benéfico influjo sobre todas las naciones de Europa, las empresas industriales y comerciales siguen su huella ofreciendo grandes ventajas al empleo de la inteligencia y la industria del hombre en trabajos que harán progresar el carácter moral y social de los pueblos, y en el porvenir serán manantiales inagotables de riqueza y de felicidad.

Del mismo modo que Rusia estaba preparada hace dos años bajo el imperio de Nicolás á lanzarse á la guerra, lo está hoy bajo el imperio de Alejandro á gustar los beneficios de la paz.

Tenemos á la vista el prospecto de una compañía formada para la construcción del « ferro-carril comercial de Rusia, » de Riga y de Dunaburgo, la cual ha sido autorizada provisionalmente y establecida por un decreto especial del Emperador, concediéndole la garantía de un interés mínimo de 4 por 100 sobre la suma de 12.000,000 de rublos de plata (cerca de 2.000,000 de libras esterlinas) igual á 5 por 100 sobre el precio de construcción de la línea, sin contar otros privilegios.

Además se ha garantizado 1/2 por 100 para constituir un fondo amortizable para la adquisicion de las acciones á la par en menos de 36 años. Dicho capital está dividido en 20,000 acciones de 100 libras cada una.

El ferro-carril tendrá aproximadamente 140 millas de longitud, y es la única línea en Rusia garantizada con los privilegios que vamos á enumerar ligeramente: puede tomar una compañía por acciones negociables en el extranjero lo mismo que en Rusia; poseer la direccion absoluta de la construcción y la gerencia de la compañía; se le ceden los terrenos de la corona libres de todo gasto; los terrenos particulares puede adquirirlos al precio mas bajo que los adquiere el « gobierno; » puede tomar la piedra, la grana, etc., etc., de los terrenos de la corona, y finalmente goza la exención de todo derecho en la introduccion de rails, locomotoras, máquinas, etc. La concesion se hizo en un principio á la Bolsa de Riga, y en la actualidad ha pasado á la compañía con condiciones ventajosísimas.

La línea férrea partirá de Riga, puerto de primera clase en el Báltico, corriendo la mejor via comercial del interior, uniéndo las tres capitales, San Petersburgo, Moscou y Varsovia, y enlazándose con las principales líneas comerciales de Europa.

La gran línea férrea de Riga ofrece ganancias al capital además de garantizarle. Los cálculos basados sobre el tráfico actual de la plaza y el puerto de Riga justifican la esperanza de un beneficio de 15 por 100 poco despues de terminada la línea, porque no puede menos de ser la principal via de comercio en el Norte y el Oeste de Rusia. No es de temer la concurrencia vistas las seguridades dadas por el gobierno.

— El reino unido de la Gran-Bretaña posee hoy 4,242 leguas de caminos de hierro, cuya cantidad es mayor que la extension que recorren los cinco principales rios de Europa. Con los carriles de estos caminos puestos unos á continuacion de otros, se podria rodear el globo. La distancia que recorren anualmente los trenes es de 32 millones de leguas, y el número de viajeros trasportados en 1854 á una distancia media de cuatro leguas, se eleva á 111 millones.

El telégrafo eléctrico no era hace siete años sino una pequeña parte de lo que ha llegado á ser; hoy cubre una distancia de 4,000 leguas, y sus hilos sumados forman un total de 9,000 leguas.

Los caminos de hierro y los telégrafos eléctricos ocupan 130,000 personas, que con sus familias representan 500,000 almas que es la 1/50 de la poblacion de Inglaterra. Los sueldos de estos empleados importan anualmente 500 millones de francos, cuya suma es casi la mitad de las rentas del Estado.

Si el servicio que prestan los caminos de hierro se hubiera de hacer por otro medio, lo ménos que costaria es 1,500 millones de francos; de modo que la economía que proporcionan se puede calcular en 1,000 millones anuales. Pero no es esta la única ventaja que producen; porque contando con que para el público el tiempo es dinero, resulta que en cada viaje de cuatro leguas ganan una hora los 111 millones de viajeros anuales; lo que equivale á 38,000 vidas de hombres que trabajasen ocho horas diarias, cuyos jornales calculados á 3 fr. 75 c. forman un beneficio de 50 millones de francos.

— En marzo último se ha inaugurado en Suecia el primer camino de hierro servido por locomotoras. Esta vía ferrada es la de Nora e Verebro, y su longitud es de 19 kilómetros.

ESTADÍSTICA. Cuenta en el dia la Iglesia católica de Inglaterra, á deducir del *Catholic Directory*, 944 clérigos, 708 iglesias, 17 conventos de religiosos y 88 de monjas. Hay asimismo 11 seminarios ó colegios católicos en Inglaterra, y cinco fuera del país, á saber: dos en Roma, uno en Lisboa, otro en Valladolid en España, y otro en Donai en Francia. El número de lores católicos, que son pares hereditarios del reino, y que se sientan en el Parlamento, asciende á 13, y el de los miembros católicos en la Cámara de los Comunes á 40, de los cuales 39 han sido elegidos por Irlanda, y uno, lord Ed. Howar, por el distrito de Arandel en Inglaterra.

La Iglesia en Escocia está administrada por cuatro vicarios apostólicos. El número de sacerdotes es de 135; el de las capillas 141: existen tres conventos de religiosas y un colegio eclesiástico en Blairs, otro en Roma, y otro en Ratisbona.

— Hé aquí el número de judíos establecidos en algunas de las principales ciudades del mundo: En Amsterdam 25,000; Berlin 5,000; Baltimore 1,809; Constantinopla 80,000; Cracovia 20,000; Charleston 1,500; Smirna 9,000; Filadelfia 2,500; Hamburgo 9,000; Hebron 8,000; Jerusalem 6,000; Londres 20,000; Liorna 10,000; Nueva-York 11,000; Varsovia 30,000.

— El número de lenguas que se hablan en el mundo es de 10,500, á saber: 8,064 en Europa, 896 en Asia, 276 en Africa y 1,264 en América.

INDUSTRIA. — Habiendo en estos últimos años encarecido bastante los vinos en la Europa central, han visto la luz pública un sin número de folletos en los que se enseña el procedimiento de la confeccion de vinos artificiales. Un establecimiento en que se fabrican estos en grande escala, se halla en Zurzac, pequeña villa de la Suiza. Las materias vegetales que emplea contienen todas las partes constituyentes de la uva, y de su combinacion resulta, despues de una fermentacion de 5 semanas, un vino claro como el cristal y en disposicion de poder ser expendido al instante. Este vino artificial, ora blanco, ora tinto, se sostiene sin descomposicion alguna durante muchos años; es muy agradable al paladar, y segun varios químicos de celebridad, que hicieron un escrupuloso análisis con él, no es ni remotamente nocivo á la salud. Del residuo que queda en la prensa despues de extraído el vino, se obtiene un aguardiente de muy gusto.

— Para preparar el vino de Champaña en una hora, propone un químico alemán la receta siguiente: Dentro de una botella de buen vino blanco comun, se echará una onza de azúcar cande, un dracma de ácido de tártaro, todo perfectamente pulverizado. Despues se agregará otra dracma de carbonato doble de cal, tambien en polvo, y tapando en seguida perfectamente la botella, se obtiene al cabo de una hora un excelente vino de Champaña. Aun mejor será si se hace la mezcla una hora ántes; pero entónces hay que asegurar el tapon con un alambre.

## LELIA.

BALADA.

Á MI APRECIABLE AMIGA LA SEÑORITA DONA CRISTINA ARRIERA.

(Conclusion.)

XXX.

Otros tres cómplices del infame Ramiro penetran en la barca y ayudan á Ramiro á llevarla á la suya. Lelia quiere gritar; pero ahogan sus gritos con una cruel mordaza.

XXXI.

Uno de los cinco pescadores ha dejado á sus compañeros, encaminándose á la orilla, y al mismo tiempo que Lelia padecía, llegaba á la morada de sus padres... Llama, y el golpear de su mano en la tosca madera inunda de alegría á Anselmo y Feliciano.

— ¡Ya está ahí! ¡ya está ahí! exclama la anciana pescadora corriendo á abrir la puerta. Apénas la abre

retrocede; no es su hija; su goce se ha trocado en temor.

XXXII.

— ¿Qué quereis? pregunta al pescador.  
— Perdonad, le responde; he venido á anunciaros una grave desgracia.  
— ¿Cuál? decidmela pronto.  
— ¿Conoceis á Ramiro?  
— Sí.  
— ¿Sabeis que amaba á vuestra hija?  
— Sí.  
— ¿Y que ella no le corresponde?  
— Cierto.  
— Pues bien, os la ha robado.  
— ¿A mi hija?  
— Sí, la esperó, la arrancó de su barca y los vi desaparecer.

XXXIII.

Aquel pescador era bueno, y aunque impulsado por Ramiro en el momento de perpetrar el rapto, abandonó á su amigo y fué á dar parte á los padres de Lelia. Su conciencia le aconsejó, y pocas veces la conciencia nos engaña en lo que debemos hacer.

XXXIV.

— ¡Me la han robado! dijo la tierna madre al escuchar tan infausta noticia; ¡me la han robado! ¡ah! corred, alcanzadla, alcanzadla.  
— Me parece excusado; además, la tempestad amenaza consumir las embarcaciones.  
— Os daremos todo cuanto querais, cuanto poseemos, dice Anselmo que ha escuchado la nueva, pero si no yo iré, yo iré, qué me importa la tempestad, ¡mi hija! ¡mi hija!

XXXV.

El mensajero desaparece. — Anselmo corre á la playa, olvida sus achaques, sus años, lánzase al agua en una lancha y corre presuroso sin saber qué camino ha de tomar; su dolor le da fuerzas, sus remos cortan las ondas con suma rapidez.

XXXVI.

Ramiro conduce en su barquilla á la inocente y desgraciada Lelia, los pescadores sus amigos le abandonan, el acento de la tempestad los estremece. — La joven está

desmayada. El infame raptor boga mar adentro llevándose su presa.

XXXVII.

Las rocas se le figuran otros tantos verdugos dispuestos á castigar su crimen, el ruido de las oleadas le asusta, el trueno le horroriza, quiere apagar con su soplo el resplandor de los relámpagos para que no descubran en su frente el sello de los réprobos.

XXXVIII.

Vuela, vuela, barquilla, dice el padre de Lelia. — Vuela, repite Julio, bogando con vigor: los dos caminan cerca el uno del otro, Julio le lleva cien pasos de distancia.

XXXIX.

Lelia vuelve en sí, rompe las ligaduras que le oprimen y comienza á gritar, sus gritos se confunden con el fragor del trueno, el rumor de las olas y el ruido de la lluvia. — Ramiro quiere sujetarla de nuevo, pero no puede, necesita remar, si cesa su barquilla va á ser juguete de las olas.

XL.

Lelia cobra valor, grita de nuevo y se lanza á las aguas: ántes que ser de Ramiro prefiere sepultarse en su seno... El oleaje la sostiene, grita y su voz llega á oídos de Julio. — Julio la responde y la anima, el acento de Julio llega á oídos de Anselmo. Julio desea hallar á Lelia, Anselmo á Julio.

XLI.

Apénas Lelia se ha lanzado á las aguas, brilla un relámpago y retumba el trueno. Ramiro va á seguirla, pero las voces de Julio le detienen y viéndose perdido se aleja con rapidez de aquel paraje.

XLII.

Julio ha visto con el resplandor á su amada luchando entre las olas á muy corta distancia; llega, la encuentra próxima á perecer, la salva y la conduce en su barquilla; la tempestad se aleja acreciendo en fragor... la luna asoma temerosa sobre un grupo de nubes.

XLIII.

Julio prodiga á Lelia los mas tiernos cuidados, enjuga sus vestidos con una manta y boga hácia la orilla. —

Julio ignoraba cuanto habia pasado, no abrigaba en su pecho el menor deseo de venganza y habia salvado la joya de mas precio para él, su triunfo era completo. Julio se consideraba el mas feliz de los hombres.

XLIV.

Su barca se encuentra con la de su padre: Anselmo se precipita en sus brazos... La has salvado, hijo mio, la has salvado. Dios te bendiga, dice, y las lágrimas resbalan por sus mejillas... Lelia estrecha á su padre... la tempestad se oye mas lejana, la luna muestra su claridad con mayor fuerza... los oscuros nubarrones se disipan.

XLV.

— ¿Y el infame Ramiro? pregunta Anselmo á su hija.  
— ¡Oh! vos sabeis, responde... Pude salvarme de sus manos arrojándome al agua... quiso seguirme, mas al oír las voces de Julio tembló y huyó.  
Julio extraña las frases de su amada, ella le refiere cuanto le ha sucedido, su semblante se enciende, quiere seguir al malhechor, pero su padre le disuade y los tres se encaminan hácia la playa.

XLVI.

Llegan, su madre los espera, al verse reunidos su alegría es inmensa, póstranse allí sobre la arena y bendicen á Dios... las horas de dolor se truecan en horas de placer.

XLVII.

— Poco despues se celebraban unas bodas en la iglesia del pueblo. Una joven hermosa caminaba al lado de un gallardo mancebo. Detrás iba un numeroso séquito... Aquellos jóvenes tan felices eran la tierna Lelia y su adorado Julio. — Ramiro no volvió á parecer.

XLVIII.

Ramiro habia hallado castigo de la justicia del Poderoso. Un rayo le consumió con su barquilla... Todavía cuando ruge la tempestad se mira alzarse de entre las aguas una sombra que vuelve á hundirse. Los pescadores nunca pasan por el sitio donde aparece, y si descubren la sombra desde la playa, retroceden horrorizados y se guarecen en sus albergues. Aquella sombra es el alma de Ramiro condenada á vivir padeciendo eternamente.

S. J. NOMBELA.

El Victoria and Albert, yacht de la reina de Inglaterra.

